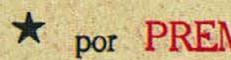
BUENOS AIRES, MAYO 26 DE 1934



Negro, Sirviente y Gobernador * por PREMIANI





El Espanto del Gato

STA noche escribo solo en mi cuarto: solo en la casita en que vivo, ubicada en la terminación del laubourg' tolones donde voluntariamente puse cerco a mi vida. Cuando ronda el hastío, cuando el cuerpo siente la fatiga que provoca una constante agitación - esa agitación vana y dolorosa de los hombres - la vejez llega mucho antes de la edad. Es mí caso. No tengo cincuenta años y mis cabellos son va de nieve, y mis pensamientos de ceniza...

Escribo solo en mi habitación. Solo... no del todo: mi gato negro se halla junto a mi. Duerme, hecho un ovillo en su silien semejante a mi sillón - dos grandes asientos pesados, revestiers de etrciopelo leonado. Mi gato negro se llama Kara-Kéd que en turco significa, precisamente Gato Negro. No creais que co ello sea obra de la imaginación. Kara Kédi es natural de lu quia, nacido en Estambul, en el barrio santo de Eyoub. Esta noche, Kara-Kédi duerme profundamente sobre su confortable sillón. Lo que hace que me encuentre verdaderamente solo en mi habitación, solo en mi pequeña casa.

Es, mi pequeña casa, una casita rodeada por un jardincito. A derecha e izquierda, se ven dos jardincitos semejantes. rodeando también a casuchas semejantes. Mi vecino de la derecha es un viejo marino muy sucio, muy cortés y muy sordo. Mi vecina de la izquierda es una ramera joven, muy bonita y muy sencilla, que rie slempre a carcajadas y hace tintinear sus pulseras brincando alegre en el jardin amarillo bajo el sol. Recibe la mar de amigos y mucho me temo que no siempre sea para darles a besar solamente sus manitas. Mas eso no es de mi incumbencia. Y no molestan con ruidos intempestivos.

De noche, un absoluto silencio reina en todo el barrio. Un silencio tal, que oigo el mar, aun cuando está en calma, acariciar blandamente las rocas de la costa. Pues el mar no està lejos de mi casa. Lo vería desde mis ventanas, si fueran ellas menos bajas. Entre mi vista y el mar, como pantallas, están las cabañas de los pescadores.

Hoy, nada percibe mi oído - ni siquiera la caricia de las olas - todo está en calma. Ni un hálito de brisa en el aire. ni una onda en el agua. El mar y el viento duermen; duermen como Kara Kedi, mi gato negro.

Kara Kedi, inmovil sobre su sillón de terciopelo, semeja un gato de bronce. No se ven ni sus patas, ni su cola, ni la forma exacta de su cabeza; todo ello replegado, ordenado, oprimido, bajo la opulenta piel color de tinta. Kara Kédi es un gato enorme, quiză el más grande que haya visto en mi înquieta vida. Mas, no creais que sea un gato grueso, un animal regordete y deformado, eternamente somnoliento; pero, pensad, si, en un gato mucho más largo, ancho y elevado sobre sus patas más de lo que son ordinariamente los gatos domésticos. Cuando Kara Kédi, con su paso grave y flexible, atraviesa mi jar-dincito para ir a sofiar bajo la higuera que se halla en el otro extremo, mi vecina, la joven ramera, casi tiene miedo: y, no sablendo de zoología lo suficiente como para conocer las panteras negras, cree que Kara Kedi es un oserno.

Escribo... gran tranquilidad me rodea, en la habitación cerrada y en la casa, y en el jardin, y en la noche toda... Mi pluma no tiene más tinta, alargo el brazo hacia el tin-tero... Ah! Kara Kédi ya no

duerme. Su cabeza acaba de sua gir subitamente de entre la pie oscura. Esta cabeza, erguidi v atenta, mira hacia la ventane negra entre las sombras de l noche. Y las agudas orejas a

POR CLAUDE FARRERE

ILUSTRACION DE ROJAS

-Kara Kedi, gato miol res algo extraño, insólito detrás Kara Kédi, inmôvil y silencioso, me hace un guiño con las

orejas, para indicar que me comprende, pero me ruega callar. Sin duda es inoportuno mexclar ruidos ociosos a los ruidos lejanos y casi mudos, que Kara Kédi acecha...

Ohl ohl las cosas se complican... Kara Kédi ha terminado muy de veras con el sueño. Un resorte se aflija en el lomo encorvado. Kara Kédi, de pie sobre sus cuatro patas, baja la cabeza y la cola larga, desdeña hasta la milenaria tradición de los gatos que se despiertan: Kara Kédi olvida desperezarse. En verdad, la situación es grave... desde el punto de vista ga-

Muy gravel Kara Kédi se baja con cautela, del sillón de terciopelo y se dirige hacia la ventana, resueltamente. Kara Kêdi no saltó del sillon al piso: se alargó, músculo tras músculo, hasta tocar el suelo con una pata, luego con la otra, y así consecutivamente

Es evidente que un silencio absoluto es de rigor. El hocico de Kara Kédi toca ahora el vidrio que le inquieta. Y he aqui que, con extrema lentitud, Kara Kėdi gira sobre si mismo, y hace frente al muro de la izquierda. En este momento, mi gato negro se destaca de perfil sobre el fondo negro de la ventana. y no sería un dibujo muy claro si el pelo de Kara Kédi, bruscamente erizado, no pensara emitir, como en los peores dias de tormenta, una miriada crepitante de chispas eléctricas. -Gato miol vamos!... ¿qué pasa?...

-Mial... Ni siquiera es un maullido: es una exclamación de impadencia. Kara Kédi, tan cortés otras veces, se Irrita nerviosamen-



Los ojos de Kara Kédi miran con reluciente fijeza el muro de la izquierda. Esos ojos son dos llamas verdes de un bri-Ilo intolerable, Kata Kédi, repentinamente, los vuelve hacia mi, y... es estúpidol... mas, no puedo dejar de sentir un confuso, supersticioso malestar ...

Kara Kedi, fostorescente desde la cola hasta el bigote, se aparta ahora de la ventana, y se desliza oblicuamente por todo el largo de la pared de la izquierda, como si siguiera, pasó a paso, no se que cosa inquietante, lentamente paseada tras de esa pared... Kara Kedi no olfatea: solo escucha, y mira, mira con todos sus ojos... La pared està tapizada con papel gris común y en donde mis ojos nada ven de extraordinario, absolutamente nada... Oh!...

Kara Kédi, con una espantosa sacudida de todos sus músculos, da un salto atrás! y da vueltas, enloquecido, la cola tiesa. Busca por dónde huir. Un incomprensible espanto trastorna su juicio. Su pensamiento, hasta su memoria, vense derrotados: olvido que estoy ahi, yo, el refugio acostumbrado y seguro. Es sólo al cabo de un largo rato, recién cuando su mirada enloquecida encuentra, por cusualidad, mi mirada, que se acuerda de mi presencia. Y entonces, con un arranque de animal acosado, se echa sobre mi, se acurruca con desesperación, no sobre mis rodillas, sino en mis brazos, contra mi pecho... Su cabeza, volcada sobre mi cuello, no se decide a dejar de mirar la pared

de la izquierda, la pared terri-

Y yo tengo miedo. Este gato aterrorizado me clava su te-rror hasta la médula. Tengo miedo. Yo tampoco puedo apartar mis ojos del muso revestido de papel gris, del muro tras el cual

sucede algo que ni me atrevo siquiera a imaginar, Kara Kédi se estremece y tirita, no obstante el escudo que forman mis dos manos, ceñidas a su cuerpo. De repente, el asunto se torna mucho más horrible: Kara Kédi, zafándose de mi abrazo, salta tres veces, y cae en una convulsión. Gritos roncos desgarran su garganta, gritos que no se asemejan a sus maullidos familiares. como no se asemeja a la voz humana el ruido siniestro que se produce en la garganta de los epilépticos durante la crisis...

Entre mis pulmones sofocados, mi corazón se para en seco. Empuño mi revolver, y apunto a la pared de la izquierda, quien, seguramente, va a entreabrirse ...

14 DE ENERO Han aessinado, durante la noche, a mi pobre vecinita, la linda ramera cuyas pulseras tintineaban tan alegremente en el iardincito amarillo bajo el sol...

Nadie comprende nada de este crimen. El asesino no ha robado: el lastimoso cadáver carga aún todas sus alhajas... Más todavia: no hubo lucha, ni violencia. Un soio alfiler de oro, muy largo, fué clavado debajo de la quinta costilla... Solamente, los ojos de la muerta, bien abiertos, están dilatados por un terror tan espantoso que es imposible describir...

Kara Kédi, que me ha seguido a la câmara mortuoria, da una sola ojcada al cadâver. Evidentemente, para Kara Kedi, el cadáver no resulta interesante, Kara Kédi me mira largo rato

Lnego sale de la casa, atraviesa los dos jardincitos con andar pensativo, y se va a soñar sobre una rama de la higuera,



No Hubo Nada que Hacer

Cuento Mendocino

quería - murmuro el Del lado de la montaña soplaba un viento frio, mordiente, hostil, que afligia la tierra y el aire, atormentaba a los sembrados y estremecia las trincheras de árboles. En el cielo quedaban restos de nubes que se movian perezosamente, descubriendo y ocultando una luna amarillenta y triste. El campo parecia dormir. Los viñedos se sucedian unos a otros, en interminables cuarteles, delimitados por altas barreras de álamos y acacias, y sólo interrumpidos por algunos potreros en flor.

-Tiempo 'e por-

Silverio Cardoso estaba solo aquella noche. Parado junto a la compuerta del canal, vigilaba su agua, que se desparramaba precipitadamente por las acequias, con una especie de rugido y luego se internaba por los surcos de la viña vivazmente, alegremente, con un chapoteo

Estaba contento. Su viña recibía el beso del agua. Los surcos, hacía poco removidos, descubrian una tierra pura y espesa que tragaba ávidamente el líquido, y los granos recién comenzaban a apuntar vigorosos y compactos en los pequeños ra-cimos grávidos, prometiendo un

fruto opulento.

El frio lo tenía algo inqueto al hombre. Sentía que su grueso chaquetón era impotente para contenerlo; que los pies se le helaban a pesar de las gordas medias de lana. La brisa parecía cribarle las carnes con miles de agujas invisibles y le cortaba los labios,

Y no había ningún resguardo alli: el frío le pellizcaba, le taladraba rabiosamente los brazos, las piernas, la espalda, el pecho, hasta llegar al hueso. El hombre ejecutaba movimientos desordenados y alejábase y volvía a grandes zancadas para entrar en calor, Todo inútil.

Pero no era esto lo que preocupábale en realidad. Inquietábale aquello: el cielo, las nubes. Mientras hubiese nubes no habia que temer.

No había nada que hacer. Les nubes se marchaban poco a poco y el viento amainaba. En escasos minutos la bóveda quedó limpia, diafana, azul, sin más habitantes que las estrellas y la

-Gran flauta, con la po-

Sin embargo, no crefa en la helada a esa altura del año. Ya estaba a 15 de noviembre y no tenía recuerdo de que hubiese helado nunca para esa fecha. Recordaba, eso si, que cuando el era apenas un humilde contratista, había helado para los fines de octubre, cuando la cosecha se presentía espléndida. ¡Tiempo del diablo! ¡Como ha-bian quedado los sembrados, en-tonces! Nada se había salvado: ni maizal ni potrero, ni viña ni pomar. Nada respetó la ola de frio inclemente, ninguna flor, ningún pámpano, ni una humilde brizna. Al dia siguiente todos los campos amanecieron negros y desolados. ¡Vaya si lo recordaba! Aquella noche, lo mismo que ésta, era extraordinariamente fria y luminosa, de cielo claro y traidor.

Si ahora se llegara a repetir el desastre — pensó — ¡qué des-calabro para él! ¡Sólo para él? Bueno, pero él tenía que pensar en él y nada más.

-¡Alla los otros!-se dijo avariciosamente.

Hacía sólo dos años que estaba en posesión de ese pequeño pedazo de tierra, de esas seis hectareas que cuidaba afanosamente, penosamente a veces, imponiendose, en más de una ocasión, sa e rificios brutales, guardando aún a escopeta que no le robaran el agua, luchando contra las pequeñas pestes que solian atacar a las vides y combatiendo al salitre voraz, injertando en los mugrones machos las mejores variedades de uvas, podando, sulfatando, cubriendo y destapando las araduras. Era un enamorado de su finca, en la que se deslomaba.

Sacudió los hombros como para quitarse de encima una preocupación molesta. Miró la hora. Las dos menos cuerto. Tenia aun quince minutos de espera hasta que acabase su turno

Luego renovó sus paseos. St vista posábase en el espejo fugitivo de las aguas que se perdía a lo lejos, repartido en múltiples cintas azogadas. El tajamar, distante, atrás de la linea de carolinos, rugia.

Pero, al alzar de nuevo la cabeza detúvose serprendido, ofreciéndose a su vista un espectáculo fantástico e inquietante. En las fincas vecinas notábase un rumoreo creciente de voces de alarma, de carreras apuradas, de preparativos fe-briles. Silverio Cardoso se dió cuenta de que lo que preveia era casi un hecho.

Si, oia los gritos distantes: "¡La helada! ¡La helada!"

El ruido de voces y galopes humanos aumentaban en la noche absorta. Pronto se vieron teas encendidas por todas partes, incendiando la campiña y un vasto hálito vegetal y de petróleo difundióse por el aire. Luego comenzaron a arder las grandes hogueras, con llamas violentas y audaces, haciendo crepitar los leños, despidiendo haces de chispas blancas y bermejas, lanzando columnas de humo grácil y ligero. Después, todo fué humo, humo espeso, de plomo, que remolineaba un instante entre los sembrados y lla en agiles tropillas, que pardianse en el azul. Silverio Cardoso bien sabia que cuando se hacían aquellos preparativos era porque la heladel estaba encima. Tendió una



Silverio tomó una de las lámparas y la acercó al termómetro, colgado de la pared. Todos sus temores se confirmaron entonces. A la luz de la llama indeci-sa vió que la línea mercurial marcaba una cifra, un argumento irresistible, sin replica, ter-

te, vela aumentar las fogatas a

mano en el aire de hielo, que-

riendo auscultar la temperatura.

Buen conocedor de la naturaleza,

conjurarse rápido.

minante: dos grados bajo cero. Pensó entonces en la defensa, en la única esperanza de poder salvar su viña: el humo. Este quiză pudiera disminuir el rigor del frio, ahuyentar la ola implacable. Oponiendo escuadrones de fuego, bastiones de llamas, espesas ciudadelas de humo, por unas horas, a la helada ese enemigo invisible que nunca se sabe cuándo llega-se podria rechazar su ataque.

Pero su esperanza duró poco. En el corral apenas tenía unas miseras hacinas de sarmientos secos y ni una media carrada de guano. ¿Qué le podian significar estos elementos? Nada, cinco minutos, diez minutos de resistencia, y después... como al principio.

¡Si por lo menos tuviese pe-

Desalentado, sólo confiaba ahora su salvación en un milagro, en que la helada no tocase su predio, en que pasase de largo o dando un rodeo, como tantas veces había ocurrido, ¡Se habían dado tantos casos asombrosos de que la helada agarraba, por ejemplo, un gran paño y de que la parte del medio quedaba intacta!

También había visto que en ocasiones como ésta o cuando caía una granizada, los contratistas italianos colocaban en las viñas grandes imágenes de virgenes y santos protectores. Y los sembrados salian in-

demnes. A él también le había reco-

mendado su mujer que hiciera lo mismo, que paseara por las hileras la hermosa Virgen que tenían, cuando el tiempo se mostraba malo. El le replicaba con bravatas:

-No me vengas con santu-

rronerias -decia-. Déjalos a

los gringos con sus madonnas y santos Lo mio se salvará solo o se le llevará el diablo. No secia esto porque no creyera. Tenía uno de esos respetos sumisos, concluyentes, definitivos por todo lo que se relacionaba con Dios, pero en cues-

tiones de agro jamás les hizo

mayores concesiones a toda la

grey de santos menores, a toda la beateria de los almanaques de farmacia. Su lucha contra el agrio terrón, ese despenamiento, ese fatigarse en el tableo de la tie-rra, ¿debian ser renunciados para pomerse bajo la advocación de un pedazo de talla? ¡No, y

Sin embargo, en este instante de desaliento concebia que la fe -una fe poderosa y sin restric-

mil veces no!

ciones- pudiese obrar un milagro. No podía resignarse a creer, después de todo, que aquellos fenómenos ocurriesen sin una intervención divina, por simple capricho de la naturaleza. Fuerzas superiores, quizá, fuerzas que salían de lo ignoto, debian regular todos esos hecómodo nombre de casualidad Algún soplo ultraterreno debía regir tales misterios.

Y luego, aquel cielo claro ...

¿Fué la vista de las hogueras impetuosas que ardían en todos los contornos lo que le decidió? O era sélo un arranque mistico hecho con cálculos? Vaya uno a saberlo. Quizas el temor y el cálculo estaban anejados en la decisión de Silverio Cardoso. Alumbrándose con la lámpa-

ra, llegose a una de las estancias. Cuando pasó la puerta, una grata sensación de calor le acarició el cuerpo. De la nabitación, cerrada casi todo el día, desprendianse vahos de embutidos puestos a secar. Unos gansos que, corridos por el frío, habianse refugiado en los rincones, abrieron los ojos, asustados por la brusca claridad que invadió la estancia y se pusieron a chillar. Luego se rehizo el silencio.

En un ángulo, descansando sobre un improvisado pedestal rústico, estaba la Virgen. Era una imagen de nogal macizo, bien tallada, de unos ochenta centimetros de alto. Llamaba la atención su hermoso rostro, de finos y bien proporcionados rasgos, y sus ojos grandes y asombrados. Un manto violeta la cubria enteramente, dejando al descubierto nada más que sas manos, blancas como flor de alberchigo.

Silverio Cardoso dejó la lámpara sobre una mesa y tomó la imagen por la base. Le pareció ligera. "Unos 20 kilos", calculó.

Al salir, luego de unos minutos de reparo bajo techo, el frío lo sobrecogió haciéndole tiritar. Recordando sus bravatas pensó en la esposa. ¡Vaya el titeo si lo viera así!

Un último sentimiento de duda lo asaltó.

Bueno, ¿se decidiria o no? Movió despectivamente los hombros y metiose por la vina. Caminaba pausadamente, sosteniendo en alto la imagen. Los primeros tramos los hizo con toda felicidad, pero a poco comenzaron las dificultades. Los pies se le encharcaban entre los surcos húmedos y resbalaba, ejecutando movimientos grotescos para conjurar la caida. Al saltar un bache casi se descrisma. ¿Cómo se le había ocurrido tomar por los surcos en vez de hacerlo por los callejones, que estaban secos? Las caidas no las precisaba ya. El chaqueton, los burdos pantalones, sus manos, la misma imagen ostentaban innumerables pintas de barro. Para colmo, una de las zapatillas se le quedó enfangada. Dejando la talla en el suelo, apoyada en una estaca, cinco minutos estuvo forcejeando para ajustársela. Ahora, al caminar, la zapatilla, húmeda, emitia un "¡chac!, ¡chac!" que lo exasperaba.

siguió su marcha. Sostenido en una especie de equilibrio inestable, habia recorrido las dos primeras hileras del viñedo, largas de doscientos metros, con el gesto sufrido de un asceta, Mas de cien filas así tenía que hacer todavía. Al llegar a la décima tuvo que parar un momento, pues la carga era pesada. Mientras,

Ramón Francisco

Morey

Hustración de Rechatn

miraba las vides para ver si el frío había dejado sentir sus efectos sobre ellas. Nada, los pámpanos se mantenían erguidos, el pequeño fruto se conservaba lozano; la vida, en fin, seguía palpitando en ellas. La eseranza le ilumino el rostro.

¿Cuándo llegaria la mañana? Tomó de nuevo la imagen y

Extingulanse algunas hogueras y presto se alzaban otras, más firmes, más vivas, y el humo, ya débil, ya espeso, se dilataba por toda la llanura.

A eso de las cinco de la manana estaba en la mitad de su procesión y los brazos le dolian atrozmente, como si en cada uno de ellos soportara un quintal, pero ningun quebranto ha-bia sufrido su fe. Estaba decidido a cumplir hasta el final. Habiase tomado varios descansos y de vez en cuando echaba un vistazo subrepticio a la viña,

El alba se insinuaba en el horizonte con líneas de malva y violeta, con estrías de berilo y ópalo, con incendios pálidos y bermellón. Los gallos lanzaban desde hacia tiempo sus primeros cantos y ya había pájaros que animábanse a hendir el aire brutal, dejando escapar pequeños chillidos.

Se distingula perfectamente todo el enjambre humano que luchaba en la campiña contra el embate de la naturaleza; hombres que corrian alimentando sin cesar las piras.

Antes de que apareciese el sol comenzó a soplar una brisa suave, que fué haciéndose más ruda, que fué aumentando gradualmente junto con el frio de la madrugada. Las plantaciones gemian. Silverio advirtio que ahora

empezaba el baile. Si su vina aguantaba, estaba salvado. Habiase detenido, sin desprenderse de la imagen y examinaba los racimos con los ojos dilatados por la emoción. Un rápido examen lo conven-

ció de que no había nada que hacer.

Las hojas, los pequeños talluelos, el minisculo grano, se cubrian rápidamente de una escarchilla blanca, leve, fina, penetrante, devastadora. Indignado, furioso, arrojó le-jos de si la imagen, que cayó

entre los surcos con un ruido pesado. Y quedose alli rabioso, muerto de frio, de sueño y de cansancio, con la mirada errante, estúpida, perdida en los campos cubiertos de bruma. Cuando el sol iluminó le lla-

nura, el desastre se precipitó es forma rápida, tan pronto como las plantas tomaron un poco de calor. La escarchilla sa evaporó levantando una niebla entre blanca y grisácea que se arrastraba a ras del suelo por todos los campos en una extensión de kilómetros y kilómetros; las plantas crepitaron, ae marchitaron, quedaron sin vida en poces minutos. Todo, todo, quedo espantosamente negro, horrible-mente quemado, salvajemente mutilado y caduco... Muy distantes, muy lejos los

gallos seguian dando el alerta de la mañana, y en los potreros ya silbaba la perdiz. El cielo era de nuevo de un azul glo-rioso, y allá, atrás de la linea de carolinos, el tajamar todavia arrastraba su canto de agua y

Entretanto, sobre los surcos inútilmente regados yace la Virgen: ojos siempre pávidos y las manos ligeramente manchadas de barro.

CRITICA, REVISTA MULTIC OLOR,- Major circulación sud emericana, - Bucnos Aires, Majo 26

ELOGIO DEL OMBLI

Sito Taine, y buceó con mucho acierto la psicología de los que los aman cuando dijo: "Las almas apasionadas y concentradas poseen un hondo sentimiento de las bellezas de la Naturaleza". Cuando este sentir se inclina al amor a los árboles del suelo natal, adquiere, entonces, la solemnidad

Poco ha se eligió, por medio de un plebiscito, un árbol cual ambolo de la flora argentina. Fué elegido el lapacho, árbol de la región de los bosques subtropicales. Creo que la decisión fué injusta para el ombú, el más significativo de nuestros árboles. Asimismo lo fué el veredicto para el algarrobo, árbol siempre verde del orden de las leguminosas y de la familia de las mimosáceas, cercano hermano del aromo, del ñandubay y del calden, de tronco tortuoso, de ocho a diez metros de altura, dotado de copa de ramas irregulares y tortuosas, cuyas hojas pinadas persistentes son lustrosas y coriáteas, y las flores del cual son purpúreas. El Prosopis dulcis, así designado en la nomenclatura botánica universal, por la dureza de su madera y su fruto, la algarroba, constituída por una vaina azutarada y comestible, de color castaño, es considerado por muchos de los admiradores de su fortaleza, como lo que, corresponderia al roble en el continente austral.

Si fuera llamado a decidir entre estos juicios varios, me decifiria a erigir en árbol simbólico de la Argentina al ombú, porque E es el solitario habitante de las pampas, el accidente geográfico más característico de la tierra patria.

Arbol patricio el ombú, pertenece al orden de los Centrospermas, y particularmente a la familia de las Fitolacáceas que comprende árboles y plantas herbáceas, de hojas aisladas y enteras, y flores hermafroditas, muy a menudo unisexuales.

De cuantos árboles crecen en el agro nativo, el ombú es el que se lleva la palma de la estimación y del afecto populares. Ostenta por estas latitudes la belleza y el simbolismo del roble en Europa, anque difiere de aquél en todo sentido; sólo hago alusión a su popularidad al compararle con el monarca arbóreo de los países templados. Arbol longevo, el ombú tiene una presencia llamativa a causa de sus gruesas raices deformes que salen a flor de tierra, su anchisimo tronco de corteza gris verdosa y su espeso follaje. Manifiesta el ombú la peculiaridad que tienen las flores de cada sexo en pie separado; esta propiedad se designa con el vocablo de origen griego dioico, adjetivación que significa en el idioma antes mentado, "dos casas", esto es, que posee los órganos sexuales separados en árboles distintos; a esta particularidad débese que el ombú se la arboles distintos; a esta particularidad debese que el ombú se la arboles distintos; a esta particularidad debese que el ombú se la arboles distintos; a esta particularidad debese que el ombú se la arboles distintos; a esta particularidad debese que el ombú se la arboles distintos; a esta particularidad debese que el ombú se la arboles distintos; a esta particularidad debese que el ombú se la arboles distintos; a esta particularidad debese que el ombú se la arboles distintos; a esta particularidad debese que el ombú se la arboles distintos; a esta particularidad debese que el ombú se la arboles distintos; a esta particularidad debese que el ombú se la arboles distintos; a esta particularidad debese que el ombú se la arboles distintos; a esta particularidad debese que el ombú se la arboles distintos; a esta particularidad debese que el ombú se la arboles distintos; a esta particularidad debese que el ombú se la arboles distintos; a esta particularidad debese que el ombú se la arboles distintos; a esta particularidad debese que el ombú se la arboles distintos; a esta particularidad debese que el ombú se la arboles distintos; a esta particularidad debese que el ombú se q

levante siempre solitario y jamás en monte.

No es este señor de las soledades campestres, planta de gran altura, suele alcanzar tan sólo de 10 a 12 metros de altura.

Han comprobado los botánicos que la edad de los árboles puede inferirse de las capas concéntricas de madera que cada año se superponen las unas a las otras, ensanchando al tronco. El árbol dilecto de las pampas, está excluído de esta clase de prueba, porque en realidad es una yerba gigantesca que produce más de diez capas fibrosas por año. Este caso peculiar nos demuestra que definición alguna de un objeto puede abarcar por entero a todos sus componentes. Arbol por su apostura exterior, el ombú amado, por su madera fofa — que según el decir gauchesco, "no sirve ni para leña" porque no arde — evidencia su procedencia herbácea. A pesar de su madera esponjosa inútil para la carpintería y la calefacción, muchas yentajas tiene en su haber el añoso árbol, que siempre da

sombra y abrigo contra el viento e la lluviat con sus hojas simples, alternas y elípticas y su fruto, una baya carnosa, se consigue constituir un purgante muy drástico. Asimismo las hojas mitigan las

El jugo del árbol se ha empleado antiguamente como remedio eficaz para la embríaguez. El zumo de su fruta se emplea para quitar manchas a la ropa y todo el árbol, por su naturaleza acuosa y su elevación, colocado cerca de una casa sirve de pararrayo natural."

Así se expresa Marcos Sastre en su encantador e inmortal libro "El tempe argentino", echándose de ver, por la precisión con que lo describe, cuanto le amaba.

El sabio naturalista, D. Carlos Berg, ha puntualizado, tras pacientes investigaciones, que "este frondoso y bizarro árbol" no fué traido originariamente de España, sino que procedió de las islas de la laguna Iberá, en Corrientes.

Siendo el general Mitre romántico y animoso joven de 21 años de edad, ya a la sazón capitán de artillería durante la Campaña de Entre Ríos, en 1842, cantó sentidamente al ombú que se eleva sereno en medio de la pampa, detallando con certera pincelada lo que significa para el argentino aquel atalaya de la llanura inconmensurable.

En el mismo año de la cuenta, hallándose D. Luis L. Domínguez, oficial durante el sitio grande de Montevideo, imaginó estos clásicos versos sobre el ombú, que ya se han constituído en proverbio del pueblo:

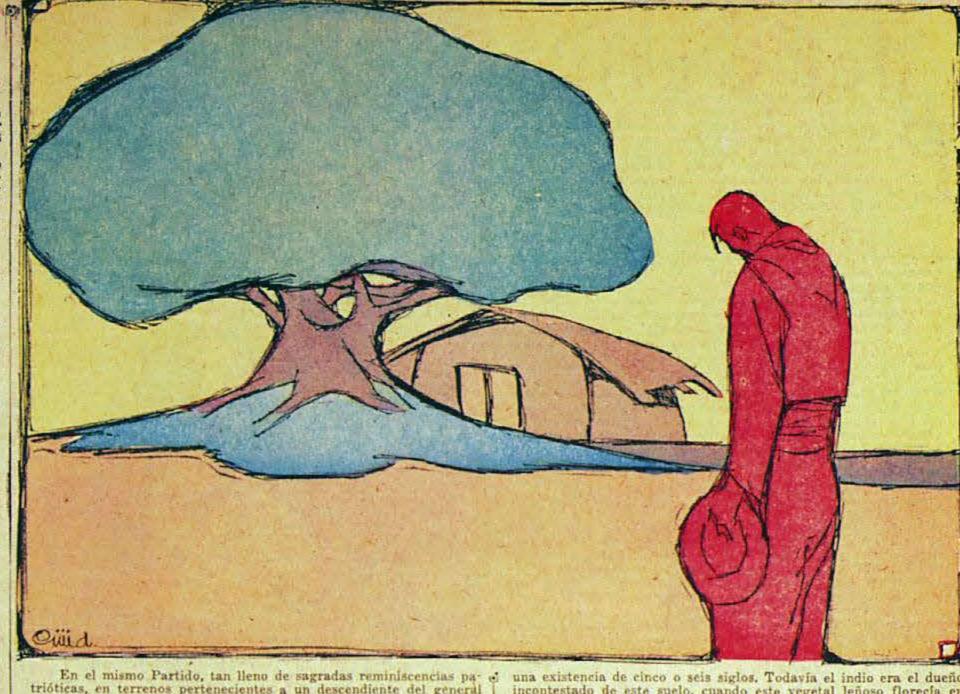
"Cada comarca en la tierra
Tiene un rasgo prominente;
El Brasil su sol ardiente,
Minas de plata el Perú,
Montevideo su Cerro,
Buenos Aires, patria hermosa
Tiene su Pampa grandiosa,
la Pampa tiene el Ombú."

El partido de San Martín contiene varios embúes ligados a la historia patria, por tradiciones memorables.

El ombú de Perdriel, sito a tres kilómetros de Villa Ballester y veinticinco, aproximadamente, de la Capital Federal, fué testigo del encuentro de los primeros contingentes de los reconquistadores, que habían ido allí para fortificarse, contra las tropas inglesas. El lo, de agosto de 1806, a las 6 de la mañana, sorprendieron a los patriotas 672 ingleses veteranos, dueños de numerosa artillería. La acción guerrera fué harto desigual, mas duró por espacio de una hora, dejando los hijos de Albion 42 hombres entre muertos y heridos y los patriotas platenses, sólo dos muertos y un herido. Distinguiéronse por su valor desesperado en este encuentro, D. Martín de Pueyrredón, D. Antonio de Olavarría y D. Lorenzo López,

Este árbol que se alza imponente cerca de una vieja casa solariega, domina una región ondulada donde abundan donosos árboles de las más varias espécies; parece él un patriarca rodeado de sus numerosos hijos, nietos y tataranietos, pues emergen de su voluminoso tronco raíces que forman otras tantas plantas, por su frondosidad y tamaño.

Tres siglos ha vivido ya, y si la mano del hombre, tan dada a la devastación, lo deja florecer en paz, seguirá embelesando a los que le atisben azorados, cuando ya acaso el Partido de San Martín haya pasado a formar parte integrante de la babilônica Capi tal Federal.



En el mismo Partido, tan lleno de sagradas reminiscencias patrióticas, en terrenos pertenecientes a un descendiente del general D. Juan Martín de Pueyrredón y a poca distancia del pueblo de S. Isidro, se yergue, solitario y magnifico, un atractivo ombú que suele pasar desapercibido para las generaciones que bailan al son del negro jazz.

Este árbol fué testigo de la presencia de los generales San Martín, Pueyrredón y Guido, cuando reunidos alrededor de su anchuroso tronco, jurarón adelantar sin desfallecimientos la causa de la independencia de esta colonia. Estos próceres fueron los que le designaron con el nombre de Ombú de la Esperanza. Este precioso recuerdo de la historia viviente, se levanta a 15 metros del suelo, y mide 30 de circunferencia.

En la antigua quinta de la sucesión de D. Jaime Llavallo!, situnda en el Partido de Vicente López, conocido otrora por el nombre de Olivos, se halla aun un opulento ombú, al cual se le asigna una existencia de cinco o seis siglos. Todavía el indio era el dueño incontestado de este suelo, cuando este vegetal leñoso florecía en la divina libertad, a su albedrío. Voluminosa es su copa y artisticos sus contornos. Tiene este ejemplar de la flora autóctona, el señalado mérito de haber pertenecido al americano de más nombradia que haya gobernado a esta comarca, en nombre de España, el progresista virrey Vértiz. Sus ocho años de virreinato fueron

Los ombúes de Santos Lugares, existentes en el antiguo campamento de Rosas, presenciaron penosas escenas. Cerca de estos árboles, que forman una pequeña avenida, fueron ultimados numerosos prisioneros de guerra. Asimismo, a la sombra de estos hermosos ombúes otras víctimas de la despiadada tiranía sufrieron aqui los castigos de la estaca y del cepo.

El afecto que experimenta el criollo por el ombú se fundamenta en multitud de razones; hasta hace de ello unos cien años, la amplia e interminable pampa no ofrecia al cabalgante otro refugio que este hospitalario árbol: cobijaba al indio, al gaucho, al forastero, en las horas incómodas de la canícula y también cuando sopiaba el helado viento del Sur.

La llanura pampásica presenta varios aspectos; en la extensión comprendida entre el Salado del Norte y el Colorado, faluan por completo los árboles y las piedras, y el terreno está cubierto de

una continua affombra de pastos. En este medio se han desarrollado las colonias agricolas que han transformado a la Argentina en uno de los tres graneros del mundo. La lluvia, poco intensa y frecuente, aunado a una temperatura benigna, no ha permitido la formación de hosques. El ombú providencial es de los escasos árboles que se han atrevido a romper la monotonía de este desierto herbáceo. Tal es la fascinación que ejerce el árbol sobre el hombre, que, en los días serenisimos el caminante hechizado por la excesiva reverberación solar, convierte el lejano campo de cardos, pastos o cercales, en un bosque de arboledas seductoras. Los habi meno de espejismo, por el cual debido a la temperatura y a la refracción desigual que sufren los rapos colate , is perciben muy na tidamente las imágenes rectas o invertidas de los objetos situados en el horizonte. Si estas extensiones donde la vista se espacia hasta el infinito, sólo quebrantan su monótona continuidad con la aparición de alguno de nuestros amigos arbóreos, en cambio poseen algo misterioso que atrae irremisiblemente. No se habitua fácilmente el pampásico a vivir en un medio donde el horizonte es cercenado. Experimenta él, ante la pampa, una agradable nostalgia, pena causada por la ausencia de un objeto habitual que nos es caro. Siente el gaucho tanto como el europeo, una trémula vacilación ante este infinito que se va disipando y ofreciendo los más ingeniosos

y sublimes espectáculos a la caída de la tarde.

Se asevera que los que han permanecido mucho tiempo en el mar, jamás se aclimatan a la tierra firme; ello acaece al habitante de este oceano herbáceo, y ni la vida helgada o cómoda de las ciudades, paraísos de los adinerados, pueden agotar esta sed de espacio que atormenta al gaucho, nacido y criado en la pampa. El silencio majestuoso, casi aterrador, acaso; el embrujo de una soledad incomparable quizá o aun más, la imaginación siempre despierta por el continuo cambio de escenario del firmamento, constituyen otros tantos motivos que incitan al hombre a meditar sobre el enigma de su paso por la vida planetaria. Piensa el atisbador de la pampa soñadoramente, y no pudiendo llegar a conclusión alguna, su curiosidad nota una turbación que se resuelve en una tristeza sin objeto ni fundamento, dolor quizá producido por la impotencia del hombre para conocer el extraño, lejanísimo e

Bajo las tupidas ramas de este árbol benéfico se alumbra la hoguera para tomar mate o preparar el infaltable asado. Cuando el gaucho estaba de fiesta al pie del paternal ombú—pabellón improvisado— pulsaban sus guitarras los payadores.

Sirvió y aun sigue sirviendo, en toda la amplitud de la estepa argentina, de guía y punto de referencia para el caminante errabundo. Fué y lo sigue siendo, el abrigo predilecto del ganado que gusta de la fresca umbria que le proporciona su ancha copa y aun le preserva, de sentir con demasiado rigur, las nocturnales heladas y el sol ardiente del mediodía.

Un fino y anónimo comentador de los usos y costumbres del ombú, cuyo nombre seríame grato conocer, pues me considero siempre un noble amigo de cuantos tienen pasión por el árbol, le describe con precisión como un "en tout-cas", siempre dispuesto para proteger en todo momento ya al hombre, ya a la bestía.

El ombú es el árbol amigo por excelencia del argentino; es él,

el Dios vial de nuestros campos, una deidad protectora y tutelar que debiera estar representado en el escudo nacional, cual expresión de utilidad y de tradición histórica. En alguno de los amplios patios de las casonas de provincia,

En alguno de los amplios patios de las casonas de provincia, jamás faltaba un añoso ejemplar de ombú que recordaba a la pampa en plena ciudad.

Cuando crece este árbol, a la entrada de una de las casas de campo, semeja para sus moradores algo así como un guardián, cual

un centinela alerta, cuya presencia añora tiempos más puros y aquietados que los presentes y, además, vincula el pasado al presente.

Salvo raras excepciones, el ombú se alza siempre solo; por esa característica suya, asociando ideas se me figura la personida.

Salvo raras excepciones, el ombú se alza siempre solo; por esa característica suya, asociando ideas se me figura la personificación de algunos defectos del carácter nativo, como ser el agresivo individualismo y la afición a resolver los problemas de la vida social tan sólo desde el punto de mira personal.

No hay aliciente tan eficaz como la emulación que engendra el compañerismo y la asociación de intereses. En tales condiciones fácil es reconocer espontáneamente la capacidad de cada componente del grupo. Como en el caso del ombu que se aferra y delecta en su soledad, por supuesto por obra y gracia de la naturaleza de su sexualidad, el nativo, por regla general, desconoce la norma de que el esfuerzo sostenido ha de llevar consigo la victoria. Nadie cree de esta suerte, en este medio anarquizante, en la virtud y utilidad del esfuerzo, porque a nada conduce, en tanto que la amistad rastreramente cultivada, la mala fe con visos de ingenuidad y la recomendación todopoderosa, dan el éxito al menos apto y desprovisto de calidades morales. El insistir de continuo en tales medios para el logro de una sana ambición, produce esa desmoralización que a diario podemos comprobar.

Los antiguos amaban colocar en su escudo nobiliario o simplemente solariego, la imagen de algún árbol cuyas virtudes atribuias a su casa. ¡Qué sugerente y cuán hermoso el escudo que se asigno el papa Sixto IV, perteneciente en realidad a la antigua familia Rovere de Turín, y que para halagar la vanidad del pontífice y de su sobrino Julio II, pintó Miguel Angel en el techo de la Capilla Sixtina. Sobre un fondo azul despliega su delicado ramaje un ropie de color oro. Della Rovere se apellidaba el romano pontífice bajo cuyos auspicios fué fundada la Inquisición española en 1478; el significado de su nombre de familia, procedente del roble hacia suponer tendencias más nobles para conseguir la unidad y la dicha de las naciones que esa nefanda creación.

POR

ALBERTO NIN FRIAS

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks



































CRITAGA, REVISTA MULTICOLOR. - Mayor clyrculación sudamericana. - muento Alexa, Mayo 24 de 1934,

«FINS»

cierta circunstancia tuve que ir al cementerio de disidentes, hoy desaparecido, a sacar las cenizas de un pariente lejano que estaban en un antiguo sepulcro. Me había sido encomendado que las pusiera en una urna por-que expropiaban la bóveda y además el cementerio iba a ser suprimido de ese lugar. El sepulcro era un simple cuadrilongo de mármol en cuya juntura sólo bastaba meter una buena y adecuada palanca para abrirlo. Así lo hicimos el encargado, yo y un peón, porque el enterrador ya no prestaba sus

A quienes no están acostumbrados les impresiona siempre la apertura de un sepicro. Es como un falso misterio que se quisiera develar, o como una terquedad que pidiera esclarecimientos de dende no pueden venir... pues bien se sabe uno todo el secreto que encierran las tumbas.

Cuando cedió la losa y pude ver el interior, me encontré con que el ataúd había reventado y estaba partido y raído en forma tal, que sólo unos listones de madera acompañaban a los huesos, todavía no desarticulados, como si quisieran entablillarlos. Nada más que un olor de humedad. ¿Sí? ¡No!, junto al brazo plegado, mis ejos descubrieron una especie de cilindro de metal que agarré enseguida. Le destornillé la tapa y encontré una envoltura de cuero o tafilete que guardaba unos papeles en parte deteriorados. Con la curosidad que es de imaginar, me apoderé de ellos, esperando llegar a mi casa para leerlos. Regresé pues con un manuscrito y una urns chica que contenía unos huesos rotos y en parte casi pulverizados, trabajo lento del tiempo y de los agentes destructores que vienen a hacer lo mismo que el horno crematorio, pero más a la

Con un buen fuego por delante, - era en invierno - me puse a revisar el manuscrito que parecía a ratos una profecía y otros un simple desahogo literario. Pero noté cierto acento conmovido, como si el autor hubiera tenido una premonición. Hasta creo que él "sabe" más del futuro que muchos historiadores acerca del pasado, y, si se pudiera hacer una seria compulsa de las causas históricas, me atrevería a decir que la mayoría de los historiadores pasarian a ser o artistas, novelistas o poetas semicreadores, o simplemente lastimosos inventores del pretérito (antiprofetas).

He aquí lo que decía el manuscrito: En el primer tercio del año 1??34, (de la fecha estaban borradas dos cifras y la tercera quedaba dudosa, no podía verse bien si era 8 6 3), los astrónomos descubrieron un hecho singular: las rutas de los asteroides o más bien planetoides, fueron casi repentinamente alteradas y sin causa aparente. Los que dirigieron sus potentes anteojos a esos planetitas telescópicos que están entre Marte y Jupiter, como se sabe, los observaron como picados de la tarántula. Fuera de la regularidad de sus movimientos, se conducian como un enjambre de efimeros frente a un foco de luz. Esto que podría haber sido un motivo de diversión para criaturas, fué un tema de cavilación para los astrónomos. ¿Cuál era la causa que alteraba la gravedad y solemnidad clásicas del enjambre estelar? Nuevas interrogaciones de los anteojos al cielo. Nada, Transcurrió un tiempo y algunos planetoides desaparecieron. Como la causa incógnita parecía intensificar su potencia, paralelamente entre los astrónomos aumentó el recelo. Por analogía se pensó que tras los planetas telescópicos, vendríamos nosotros a ingresar en la danza. Ese justo temor fué como la alerta o el prólogo de lo que debía

Algunos astrónomos, los menos académicos u oficiales, aseguraban haber visto, a una distancia inconmensurable, unos cuerpos vagos cargados de un gran potencial eléctrico y que por su color infrarojo y el análisis espectroscópico debían poseer materias ferruginosas, y añadían que por deducción debían de actuar como gigantescos y monstruosos electro-imanes, Ahora bien, continuaban, de acuerdo con esto, nuestro planeta que alberga tanto hierro, rocas ferruginosas y otros metales, no podía dejar de ser influenciado por aquellos enormes cuerpos, aunque fuesen pulverulentos como se pretendia. Lo sería en razón directa de su rifueza en metales. sobre todo en hierro.

El tiempo les dió la razón y más pronto de lo que ellos mismos esperaban. Y se dió el caso singular de que el goce que experimentaban al ver que se cumplian sus asertos científicos, se les malograba por el temor de lo porvenir.

Lentamente, muchos humanos, sobre todo los que no eran navegantes de profesión, empezaron a sentir ese ligero mareo, vacio y depresión que causa la brusca subida y bajada del ascensor en los no acostumbrados. Otros, los que habían viajado en aeroplano, decian que era lo mismo que el efecto de un súbito descenso seguido de planeo. La mayoría hablaba de una peste que concluiría haciendo grandes estragos; y los médicos, por las dudas, inventaron unas inyecciones y vacunas. Pero pronto se vió que no era nada de esto.

A la sazón yo, Marcos Prescott, acababa de dar mi palabra de casamiento a Amanda que está pasando su convalecencia de una grave enfermedad, en las immediaciones de la ciudad, en un agradable hotel con habitaciones en medio de varias hectáreas arboladas. Yo estaba de licencia en la compañía "Alas para el Hombre", fábrica de aparatos mecánicos que, plegados, cabían en una valija, y que permitían volar blandamente y sin mayor estrépito, vuelos como saltos blandos, que transformaban a los hombres en una especie de ángeles barbudos, ángeles nada más que por el vuelo, porque su naturaleza intima todavia no había podido ser modificada. Pero lo más grato de ver es la gracia con que las mujeres se tiran del techo, merced a estos aparatos, y os dan la mano con una sonrisa verdaderamente angelical.

En una de mis habituales visitas a Amanda, la encontré atacada del mal de moda: el mareo, las nauseas y la sensación de vacio. Yo que la creía ya sana del todo, me conmovi pensando en una recalda. No, no es nada de eso, me dilo mi novia. La verdadera causa de este malestar estriba en que el planeta se mueve de un modo muy diferente al antiguo. Yo la tenía a Amanda por muy inteligente, pero esta opinión me pareció locura. Sin embargo, al salir crei observar que, en efecto, se sentia el movimiento del planeta y que ahora lo hacia con arrebato. Me agarré un susto tremendo pensando que la impresión era subjetiva y que estaba loco, de la misma locura que Amanda. Pero muy pronto tuve que convencerme de lo contrario. A todos cuantos interrogué les pasaba lo mismo y no era necesario inquirir mucho para comprobar que experimentaban las mismas sensaciones.

Se sentía el movimiento de la tierra no como un terremoto, sino como un impulso. No necesito deciros lo mucho que me mortificó este trastorno terráqueo y sideral en estas circunstancias de mi noviazgo.

El planeta aumentaba dia a dia sus movimientos arrebatados. Mareaba eso que parecían sus "decollages" y sus caidas. A veces parecia pararse como dudando y de golpe retomaba una carrera atroz, lo mismo que máquina mal frenada y dirigida. La gente, a veces, se tenía que asir de las manos y también de los árboles para sostenerse. Las señoras se quejaban de vértigos intensos; algunas abortaban. Los chicos y los locos estaban contentos. Los sabios desconcertados dijeron que no podíamos notar directamente el movimiento de la tierra, puesto que todo marchaba con nosotros, incluso la atmósfera, pero como la sensación de movimiento arrebatado existía, insinuaron que habíamos entrado en otra atmósfera, más vasta. Se edificaron torres para colgar de ellas péndulos que marcaban sobre unas pistas de arena los movimientos terrestres. Estos pendulos tenían una púa, una uña en su bordo inferior. Descendian del cielo con una velocidad vertiginosa. Al tocar el suelo iniciaban un movimiento de culebreo o zig-zag, arando la tierra con la pua. Causaron muchos accidentes y rompieron la dura ca-

beza de más de un sabio. Los poetas eróticos decian que Geo, al saltar desordenadamente y en impulsos desiguales, ya no era el atomo misero y regulado de los astrónomos, sino una pulga perseguida por los dedos

humedecidos de una Deidad. Los sacerdotes decian que todo esto era por la falta de fe y el abandono de los deberes del hombre para consigo mismo y so-

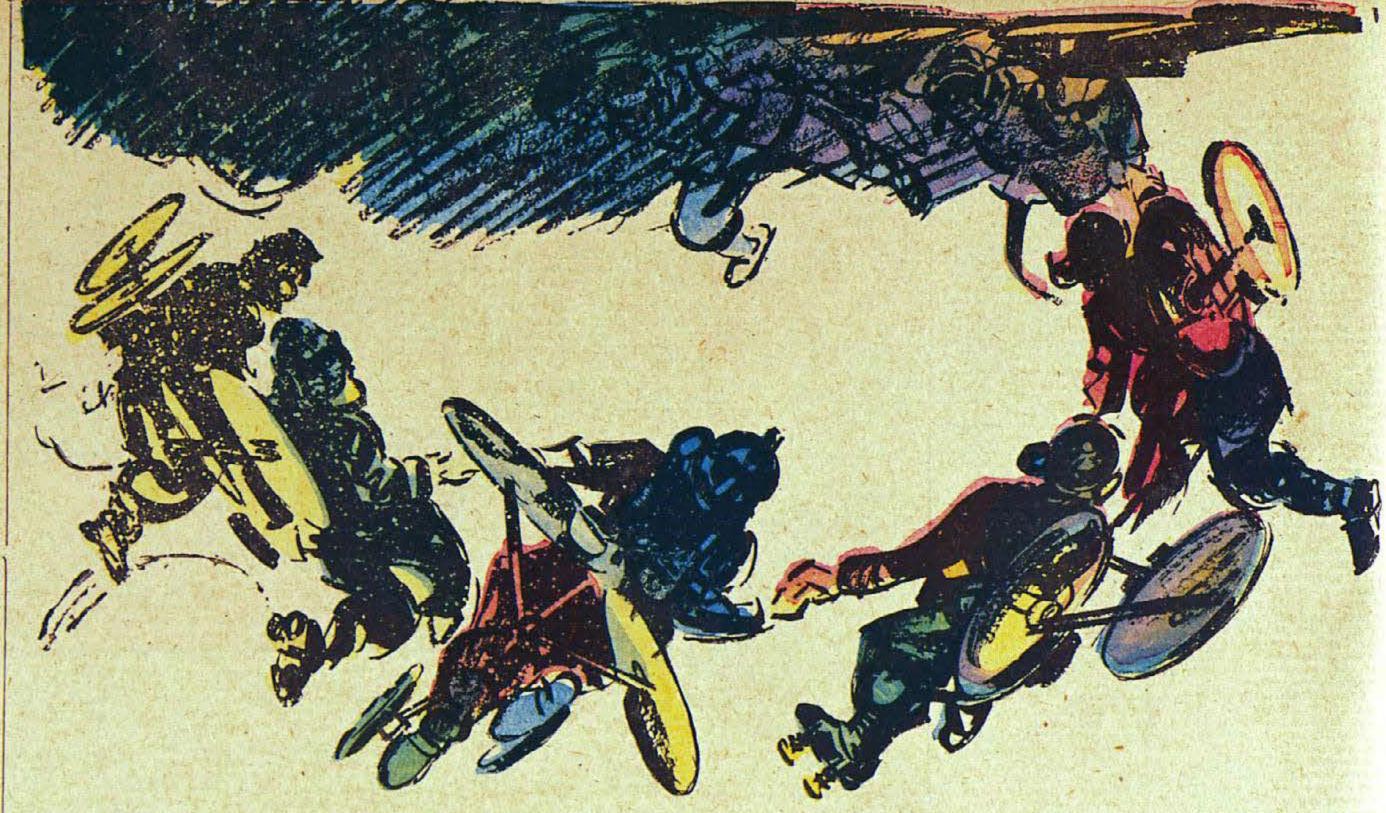
bre todo para la Iglesia. Como la cosa se prolongaba, los sabios eran los más desconcertados. Porque de pasar pronto, se podía archivar, olvidar y casi desconocer, haciendo de cuando en cuanto una alusión despectiva a ella, como hace de las revoluciones que no triunfan, el partido

que está en el poder. Los astronomos, muchos de los cuales parece que le dictan leyes al Universo - tan engreidos están con sus cálculos, sobre todo después de la aventura de Le Verrier - hablaban de reformar la mecánica clásica y sudaban pensando en las muchas observaciones que tendrían que hacer, dada la anarquía actual de movimientos, para que sus observaciones y cálculos, sancionados y ratificados por una nueva experiencia, parecieran otra vez de-

eretos. Con la alteración de la rotación y traslación teníamos días cortisimos y otros muy largos. Apuros y desórdenes de toda especie. Trastornos en las ciencias económicas. Por ejemplo: un pagaré a 90 ô 180 días, había que hacerlo por horas, de acuerdo a un reloi patrón.

Mucha gente seria estaba indignada porque algunos seres degradados y "ciertos poetas" no se dolian de la irregularidad, sin participar tampoco del pánico y la sagrada rabia que les inspiraba el nuevo orden, o más bien desorden de cosas. Estos seres pervertidos y viciosos habían llegado en su repugnante indiferencia hastainstituír un nuevo juego, como el rojo y el negro en la ruleta, a base de las rachas inesperadas, en cuanto a la duración, de días y de noches, utilizando sus relojes que marchaban por la antigua vegularidad ...

Pero el miedo era casi general. Este no debia aumentar en tanto que la tierra fuera sólo como una perdiz gorda, sorprendida, que echa a volar. Pero pronto se vió que los mares barrian las playas como escobas en los arranques súbitos del planeta, ocasionando terribles catástrofes; que las estaciones se alteraron completamente; el verano más tórrido y el invierno más crudo se sucedian en un espacio de días y aun de horas, lo que determino la



tierra, y, con una técnica prodigiosa, ibanse socavando grandes recintos como falansterios subterráneos en los cuales se cumplian las tres condiciones que pedía Fourier; economía, utilidad y magnificencia. Había algo, sin embargo, en esta magnificencia, algo que no convencia, como cosa hecha no con vistas a la esperanza,

sino más bien a lo que debe morir y desaparecer. Algunas ventajas tuvo la raza humana entre tanta desdicha: con los bruscos cambios de temperatura, las moscas y mosquitos desaparecieron. La hedionda e inmunda colectividad chinchosa no salía de sus refugios de miedo a un enfriamiento brusco, y, así fué muriendo de inanición. Se dispuso que todo en el falansterio fuera nuevo por temor a epidemias, pero muchas categorías de piolos, hongos, parásitos y bacilos, no eran tan delicadas y, acompañaron al hombre en su vida subterranea. Había que alimentarse de hon-

gos cultivados en sótanos y recintos ad-hoc y del petróleo. Al-gunos "sabios" sacaron de este, una combinación alimenticia. La que no tenía gusto era cara, y, barata, la popular, causaba en la gente pobre que la consumía, un asqueroso olor a lámpara que salía de las bocas. Había que pagar alto precio por una cosa que no tenía gusto. Todavía se guardaban provisiones vegetales y animales

en gran cantidad, pero no se las prodigaba de miedo a la escasez y también por egoismo. Ya se empezaban a fabricar alimentos concentrados y con substancias químicas, cosa esta última conoci-da desde larga data, pero abandonada en su empleo por los estrefilmientos pertinaces y muy peligrosos que causaba. En una pala-bra todo esto considerado, era el adiós a la sensualidad y a la

Múchos decian que estábamos abandonados de la mano de Dios, y a mí me parecía al contrario, porque advertía una intención de violencia en El. Estábamos abocados a riesgo y aventura. Como hacía algún tiempo que recobrara todo el vigor de la

ruina de la vegetación. Fué necesaria cada vez más la vida bajo 😇 salud, Amanda me rogó que saliéramos un día de fiesta. Era oto- 🖲 la compañía "Alas para el Hombre" para que saliera en jira de no, y habríamos sentido en la naturaleza serena la copia de nuestra dicha, si no la alterara la sensación de viaje precipitado de la tierra. Yo me asía de las manos de mi novia que formaba corro con otras muchachas que habían buscado también su novio. Resistíamos al viento en esa rueda de amor, y no pensabamos en morir, Las muchachas impacientes por formar un hogar estable. pegaban pataditas coléricas contra el suelo del planeta, que no permitia reposo para el amor, ni seguridad, ni nada que se asemejara a las antiguas horas. En eso la tierra hizo un arranque súbito como de omnibus mal dirigido. Las macetas con las últimas flores que habían puesto las muchachas enamoradas, cayeron de lado, y los perros huían ladrando.

Otra vez, en ese corro de jóvenes dábamos vuelta junto con las hojas que nos traía un viento circular, hojas de los últimos

árboles de aquel último ctoño. Algo en mi corazón me dicta estas palabras melancólicas que indican finales, Amanda y yo girábamos prendidos de las manos y asidos a otras manos juveniles que ahora temblaban de miedo de morir sin amor cumplido. En un vuelco loco, nos separamos del coro y empezamos a errar como desdibujados en un largo crepúsculo que me pareció duraba más de seis horas

de tristeza. Los había más largos, así como, a veces, no había crepúsculo. Mi corazón se alebrono. -Amanda, dije, yo te amo. ¡casémonos!

POR

SANTIAGO DABOVE

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

*

-Espérate a que todo se regularice. No se puede vivir a base de mal petróleo. No contamos con lo suficiente. Mi pesadumbre se agravó. ¿Cómo esperar con ánimo tranquilo la catástrofe terrestre sin el amor de ella?

-Pero ... ino comprendes? -¿Qué?

-No nos casemos, pero amémonos. -Ya nos amamos.

-No, no nos amamos. El amor debe ser así, dije, entreverando y apretando los dedos con toda mi fuerza. No es amor el que no deja una huella en nuestros cuerpos. Déjate de dilaciones, jamémonos que mañana moriremos!

Esto que en tiempo de Cá-tulo o de Horacio olía a retórica, tenía ahora un significado serio y perentorio. Me pareció ver que los ojos de Amanda creian más en el amor como "hecho eterno" que en cualquier meteorología o cosmogonía. Amanda, que no era argentina, me acarició el cabello y dijo con franqueza y lealtad:

-Cierto, pobrecito, pobres de nosotros... Bueno... cuan-do la luna esté llena...

Ya se sabia y yo también, que la luna tenía las mismas perturbaciones que la tierra. Amanda contaba, por olvido, con el período antiguo del astro de las mujeres? La luna estaba en el principio del crecimiento. He aqui que cumplia su evolución, hasta transformarse en luna llena, en unos pocos minutos. Igual que una magnolia o una "dama de noche" que se abre... Miré a Amanda.

-Vamos, me dijo, scariciándome el cabello.

Mientras iba con ella, un brazo en su cintura, pensaba: "La humanidad, ¿podria perecer? ¿Hay réplicas de ella en todo el Universo? No sé, pero lo positivo parece ser que la nuestra, la terrena, por ahora y quizás para siempre, se eclip-sa, se extingue. Consideré si, disponiendo del calor y del sustento necesarios, no la crearia yo de nuevo" sirviéndome del amor de Amanda, forzándola a ser prolifica, por puro goce de dilectante, de billarista desdeñoso e indiferente, que arroja con su taco al campo de las violencias, algo sensible que va a ser muy golpeado, muy chocado, hasta que pierde su carne tierna y, después, al final triste, se haga el recuento de los choques -carambolas, ruido de huesos - mientras sonrien los ángeles erueles. ¡Ah!, no lo querre. ¡Dieu m'en préserve! ... Pero... entrames.

A pesar de las condiciones irregulares de la vida y de la meteorología alterada, había cierto optimismo. Se confiaba juiza en que todo pasaria. Las comerciantes e industriales eran los que más "septian" y procla-maban esta confianza, llamando derrotistas a los asustados. El fin era segulr vendiendo sus productos. Y's ful llamado por

25 Un: 1934

propaganda, provisto de mi aparato que me hacía subir con arranque tan graduado, y caer tan blandamente.

Después de un corto e infructuoso "raid" de ofrecimiento comercial, en un radio de unos cien kilómetros, volví a los lugares donde debia estar Amanda, y no la encontre. A la bajada de uno de los vuelos que daba con mi pequeño aparato que llevaba en la espalda, como una mochila, me encontre frente a uno de los falansterios que no hacía mucho se había terminado de construir. Era un socavón como una mina, pero mucho más amplio en su interior, de más contenido. Adentre había hornos muy grandes, prodigiosos y fantasticos aparatos de calefacción. El calor se iba a utilizar doblemente: para el simple pero esencial hecho de calentarse, y, a la vez, para energia mecánica, movimiento de telares y otras industrias indispensables, no de lujo. La puerta de entrada, boca más bien, estaba hundida, después de una corta escalera de escalones groseros y que parecian de tierra endurecida. Con el objeto de que no se colara el aire frío exterior, no se abria más que en los momentos en que alguien entraba o salía. Entonces parecía por su forma singular una boca de cetáceo o más bien de moribundo que bostezara. Un poco más adentro estaban aparejados unos tamizadores y calentadores de aire, muy complicados. Cada bostezo parecia tragar un hombre o varios, con cierta pereza mortal, y por el fulgor rojo que dejaba entrever, se adivinaba que las entranas de ese cetáceo eran de fuego. Todo adentro era una especie de hervidero, y tenía algo de fragua y de alto horno donde se trabajan metales. Pero había por todos lados profusión de lugares de descanso, camas, mesas y otros muebles. Los grandes aparatos de calefacción enviaban tubos de todos calibres, a todos lados Hombres sudorosos y musculosos daban la última mano a toda esta fábrica.

Consideré que en dispositivos como éste, en refugios indecentes como éste, terminaría la porción de humanidad más apegada a la vida; y me estremeci de horror y de pena al imaginarme las futuras escenas de crueldad, de hambre, de miseria, de prepotencia brutal, de lujuria sangrienta y aun de antropofagia que se desarrollarían si el combustible duraba más que las subsistencias. Los enormes depósitos internos de provisiones eran guardados por hombres con ametralladoras.

Me alejé de un salto de ese lugar tétrico, pensando en tomar un trago de whisky de, mi frasco de bolsillo, para reponerme. Siempre me ha gustado tomar en tierra firme y no en el aire. Ful a dar junto a una pared que iba paralela a un camino que conducia al falansterio. Al rato, del otro lado, oi unas voces, ¡La voz de Amanda! Una voz de hombre en la que reconocí a Gould, el poderoso primer accionista y dueño de las "Empresas de Calefacción",

-Si, m'hijita, no se puede elegir. Si me amas tendrás segura la comida y un asiento junto al fuego... ¡hasta tanto se vea donde va a parar esto! Después reanudaremos una vida espléndida.

"Reanudaremos", pense yo, habla como si ya la hubiera co-menzado. Gordo cochino. El agregaba, continuando su sugestióni -Pero, per ahora, mira el Sol.

-Si, si, respondia Amanda. ¡Si, si. si! Mire, yo también al Sol. Su disco se hallaba reducido a la

cuarta parte. Conteniendo el aliento y el corazón que parecía reventar, me alejé - sin emplear el aparato "del futuro", como le decía a mis clientes en las jiras - en cuatro patas, como los animales prehistóricos.

No fuí a la compañía "Alas para el Hombre". Me dediqué a vagar y a saltar con mi aparato cerca del falansterio "El Cetáceo". Volando me reia histéricamente, y cuando me encontraba con algún amigo que usaba el mismo medio de locomoción, departiamos un rato en el aire, como dos coleópteros alegres. Pero cuando bajaba a tierra me tambaleaba. Esperaba encontrar a Amanda y mi

vigilancia era estricta. El frío aumentaba atrozmente.

La tierra cesó en sus arranques. Se había quedado rígida y no presentaba movimiento de rotación apreciable. Por consiguiente, una parte quedaba en la sombra, y era un casco de sueno nocturno, otra en la luz, y era un ojo sin parpado, otra en la penumbra y era un crepusculo como un insomnio, como el que tenía ahora. Al principio se creyó en la permanencia de estas condiciones, pero pronto se echo de ver por parte de los astrónomos que el segmento de la antigua elipse en el campo de traslación, del afelio al perifelio, estaba mucho más abierto, asemejándose a una línea recta. Esta comprobación no era otra cosa que el anuncio de la condena a muerte

mayor, hasta llegar a ser definitivo. A nosotros nos había tocado un crepúsculo. En él vagaba tor-pemente, como mariposa nocturna, ensimismado, cuando de repente, la oscuridad que invadía presurosa, me hizo mirar al Sol. No se ponía se iba. Estaba casi del tamaño de Venus por las tardes. Me vino un impuls, raro y exclamé como adorando, como indio con los brazos en alto: "¡Te vas, Vieja Querida, Madre An-

tigua!" Al perderlo se me ocurría el vocativo femenino, maternal.

de la humanidad y de la vida en general en un plazo breve. En

efecto, en adelante nuestro apartamiento del Sol, seria cada vez

Sin saber como, me encontre frente al hoyo con escalones donde bostezaba la boca del Cetáceo. Mucho tiempo estuve alli helado y agazapado. De pronto vi a varios que venían corriendo y que desaparecian en el subterráneo. De lejos vi a una mujer conocida que corría, seguida torpemente por Gould, el gordo potentado. Bajó los escalones sin elegancia y el gordo Gould, también bajaba con las piernas gordas abiertas, como compás falseado.

Amanda entró, pero el "Señor" amoratado y entorpecido por el frio, tambaleó. Con pena, con infinita pena, levanté la pistola abtomática y la hice ladrar varias veces para desinflar al cerdo quien el dinero y la necesidad daban margaritas ...

Algunos llegaban a todo correr gritando: [El frio de muerte! ¡Viene el frio de muerte!, y se metieron en el antro... El termómetro de alcohol colocado en la boca del Cetáceo bajaba con repidez aterradora: 40, 50, 70, 80 grados bajo cero.

Caí. Mi última visión fué la de una charca de agua tibia 7 transparente con islotes de pasto de un verde muy puro. Chapotes bamos Amanda y yo haciendo subir a la superficie el fino lodo del fondo. Ranitas como objetos preciosos y esmaltados nos miraban De los cielos descendían una luz, una paz y una serenidad que eras como secreta música del alma,



CRITICA, REVISTA MULTIGOLOR,- Major sizeulación sudamerica, c. - Buenos Aires, Major

La Sirvientita

las ideas de su marido. Como el sueldo. adre, cuidaba de sus hijas con Aquel mes se hizo tres novelayente. Exigía de ellas la misma vio. ma de cualidades que ella enndia poseer y se mostraba inxible ante el menor signo de billdad en el cumplimiento del

Estas aciaraciones hacen casi necesario insistir sobre la sevedad de los normas que imponía su servicio doméstico. Carteles urales, estratégicamente colocaa a la entrada de la cocina, adertian con letras por demás vibles, los precios de toda la vala y el lugar donde se uodia adnir repuestos, en el caso desfortunado que alguna pieza virudaban a las desmemoriadas rrientas en la tarea de saber lo ne debia hacerse a determinada era y en determinado día; las chas fijadas para el lavado de 1 ropa, el reemplazo de las saanas o el pedido de una nueva lonia, en uso en la casa. rovisión de carbón. A dona Virtudes nunca se la

n tal supuesto, les daba una hoemprana hora, para que cumplieual, en su mayor parte accedian ciados. este recargo de servicio. Era de ode punte imposible substraerse la obligación de oir misa sin ue la patrona se enterara, pues, asospechadamente se daba ella imbién su vueltita por la igle a, más por verificar la asisten la de las sirvientas que por celo eligioso, pues éste no lo empleaa a fondo hasta la misa de diez, ne era la que convenía a su osiritu, por los excelentes sermo es que prodigaba sin tasa el pare Manuel y por el ancho camo que al comentario escandaloso procuraba la elegante concu-de s cubrimiento. rencia de esa hora.

Una vez le ocurrió tomar a su fia Virtudes no ervicio una niñera inglesa, por llegó nunca a peaber dictaminado una tarde que garle a la sirvienlas chinas se estaban poniendo im- tita, pero la lleosbles". La inglesa no opuso ob- vaba a casa de sción cuando oyó aquello de oir los padres con la isa los domingos, cosa que con- relación de los ento mucho a doña Virtudes, pues robos, y estos se ambiente religioso que emana- para toda la semana.

teta salia junto con ellas, pero sencillo ardid. Cuando notaba la De no iba a la iglesia, separán- falta de alguna moreda decía: ore a poco de salir.

Dona Virtudes Cara-5 - Del Socorro? No, Socorro no milla, era una de las conoce — respondió con inocen-pocas damas que no cia la inglesa — English Church, hacian quedar mal a su calle Corrientes, capilla inglesa...

difficil apelativo. Celosa - Capilla inglesa... - repitió de su probidad y de incrédula doña Virtudes. Y de de los demás, todos sus ac- pronto la sombra de Lutero la s y palabras tendian a servir cegó, la marcó y se hubiera dese ejemplo a los remisos y de es-mulo a aquellos que ya estaban de la inglesa, que requirió el frasel verdadero camino del bien, co de sales y la compañía de las En su casa, doña Virtudes re- hijas. Cuando recuperó el habla pesentaba a la esposa firme y y pensó para sí misma: "Buena caz en su compañerismo, pudo- la he hecho!", fué para contarle a de sus sentimientos y adicta los días a la "gringa" y abonarle

a especie de cariño feroz y ex- nas seguidas en señal de desagra-

Eufrasia, la sirvientita, tenía un nombre dema-jado grande, un nombre de vieja, pero ella no lo advertfa, por la desenvoltura con que lo llevaba. En la casa, había tomado fama de atrevida en todos los matices que comprende esta denominación, hasta que culmina en la de "insolente".

En realidad, los atrevimientos e insolencias de Eufrasia no eran mayormente trascendentes que su figurita enclenque y desgarbada de once años. Doña Virtudes le combatía sin descanso esa tena romperse. Otros letreros dencia a la coquetería, que en tan temprana edad se le había despertado a la chiquilla y que hacia que las niñas de la casa debieran cuidar de sus polvos y coloretes, horquillas y cintas y hasta de la democrática agua de co-

Eufrasia no era lo que puede carria que la persona que toma- llamarse una chica viva. Sin ser a su servicio pudiese profesar lo que se da en denominar - abuera religión que la católica, y sando de la metafora — un adoquin, sus únicas expresiones de a de asueto, los domingos en inteligencia la constituían el desan el oficio religioso. Rehusarse bajo aburrido y las maniobras de llenar ese sagrado cometido sig- que se valía para apoderarse de ificaba perder la plaza, por lo los artículos de tocador ya enun-

Estas pequeñas raterías, se vefan a veces agravadas por otras jabón amarillo. De modo que el de diferente calibre. Con rara fre- dinero perdido no tardaba en apacuencia, solian desaparecer vuel-tos de compras dejados impru-dentemente sobre una consola, o en los sitios menos verosimiles y moneditas mejor guardadas den- más absurdos. tro de una cartera. A doña Virtu- Es bueno aclarar que doña Virdes no le había sido difícil averi- tudes no se deshacía de esta ser- ni siquiera muy vagamente. Lo guar quien era

la autora de esos hurtos, y es de imaginarse el ser-EMILIO Villalba món de moral Walsh descubre aqui el extraño final Es cierto que dode un largo duelo cotidiano entre una señora tilinga y una joven cleptômana.

as herejes. Casi creyó que era que Eufrasia quedaba malparada amén de la obligación de enviar- La sirvientita tuvo un leve en-

o carente de la absoluta segu-dad de esta conversión, no se na Virtudes arremetía sin descan-no hacía los deberes o los llevaba tres pesos. Y si los ha robado, mal hechos. ro no lograba desarraigarlas. Los únicos resultados prácticos que uno con el cuento que la in- de lo desaparecido, mediante un

Aquella denuncia abismó a do- te centavos, Eufrasia. ¿No lo has

Tas y le produjo un acceso de Eufrasia infaliblemente, negaba.

ignación. Lo que primero la entonces doña Virtudes prose-

tidos menesteres invertiria esa -Pues bueno, tendrás que bus-

vergonzada la hora dedicada a carlos. Y no saldrás a la calle

después, rué la idea de haber Esta determinación de la pa-

edo burlada por una vulgar grin- trona, le acarreaba a Eufrasia sus

inconvenientes, pues la salida de

is santos oficios y lo que atena- hasta que los encuentres.

Virtudes en un mar de conje- visto?

ccupó fué el averiguar en qué gula:

p. En cuanto llego la culpable,

y cerrada, donde las pregun-

as al parecer amables se desliza-

ta entre silbidos, y donde las tonnesas infundían pavor.

La niñera contestó con toda anquilidad, sin manifestar asom-

por lo extemporáneo de la

-Pare ye voy a la iglesia, a ande la señora me ha dado per-

-No será a la iglesia del So-

seguramente -- cortó rá-

dona Virtudes con evidente

Sin embargo, un día llególe una obtuvo, fué conseguir en la ma-la tarde para hacerlos y prefiere enucia: Eufrasia, la sirvientita, yoría de los casos la devolución ir a lucirse en la calle! Me parecar a esta chica, es inútil. -Hoy se me han perdido vein-

> Virtudes como lugar de pastoreo, más imposible. Fué entonces cuando Eufrasia empezó a rendir sus frutos, en calidad de sirvienta única y colaboradora de la patrona en la limpieza de la casa y en la alquimia; doña Virtudes se encargaba de darle tarea para los momentos en que "no tuviese nada que hacer".

disminuído, no tanto porque la jeto de su visita. Le dolfa tener larga prédica hubiese enderezado que dejar ver a un tercero que a Eufrasia, como porque el numerario escascara en forma alar- aunque fuese una sirvientita, que mante. Vale decir, que en esa situación, las casi inadvertidas raterias de antes, tomaban ahora una importancia inusitada, y, llegado el caso, se cometía con Eufrasia una verdadera y concien-zuda inquisición, la cual, desgraciadamente, no siempre daba resultados positivos.

dos los tonos, en todas las actitudes, ante la suposición y ante la evidencia, con culpa o sin ella. tudes, a quien la adversidad le habia agriado el carácter y debilibia agriado el caracter y debili-tado la fe, al dar una orden a gado a la quinicla? Eufrasia, notó, al irse ésta, un pronunciado olor a perfume ba-

Sospechando algo, la llamó: -Eufrasia! Vení para aca; rada de animal indiferente.

seda nuevo y un horrible prende-dor de fantasia, con brillantes de vidrio del tamaño de garbanzos. - De donde has robado eso?
-No lo he robado señora, lo

> pitió la patrona sin comprender. Don José le dió la boleta. Ella la miró extrañada y la guardó en la cartera. Preguntó:
>
> —; Cuánto puedo ganar?

EMILIO VILLALBA PLASTICION III. ROLAS





ocasión de lucir una onda a los -No mientas -dijo doña Virvampiresa que mantenía rígida en tudes enojándose -. ¿De donde su frente gracias a la ayuda de sacaste la plata?

vidora poco efi- primero que se ocurrió, es que car, porque a pe- Eufrasia, dejando de lado su técsar de sus luna- nica de la negativa, optaba nor res, llenaba, mal inventar embustes. Pero quiso haque mal, su come- cerla caer en sus propias redes, tido, y tenia en y haciendo como que creia la hissu descargo, el toria, continuó: sueldo quedaba —; Y dónde es éso de la quinima expresión, —Aquí en la otra cuadra, en la es decir, cero. En librería de don José — contestó es decir, cero. En efecto: Eufrasia con toda soltura la chica, -Muy bien - terminó doña trabajaba a cam-

-La gané a la quiniela.

-¿La qué? -preguntó con

-A la quiniela. Fué con cinco

Dona Virtudes no recordaba

centavos que me regaló la niña,

haber oido hablar de la quiniela,

de donde puede haberlos saca-do, si en toda la casa no hay trein-

Como estaba sola, todas estas

deducciones se le hacian más fa-

tigosas y lamentaba la ausencia

-Por otro lado - seguia di-

Pero a eso de las cuatro, la cu-

riosidad y el deseo de darle un

merecido reto a esa "mocosa" la

impulsaron a llegarse hasta la li-

Don José, la recibió muy ama-blemente. Dona Virtudes trató de

exponerle muy rápidamente el ob-

en su casa pudiese haber alguien,

no fuera de conducta intachable

-Esta chica dice - le explicó

-que aquí ha ganado, con cinco

-Si, señora. Esa chica viene a

-: Pero es cierto, digo, eso de

que se pueden ganar cuatro pesos

-Como no, señora. ¿Usted no

-Usted elige un número de dos cifras. Si coincide con la termina-ción de la lotería, le pagamos

ochenta veces la puesta... Hay muchas maneras de jugarlo. Por

ejemplo, a la cabeza, o a los diez

-¿Quiere que le anote una ju-

Dona Virtudes estaba ligera-

Con un ligero temblor en la

-Claro. señora. ¿Le jugamos a

-Diez y seis peson

vidó de persignarse.

Con veinte centavos se

menudo. Y siempre juega así, de

centavos, cuatro pesos, en un jue-go de quenela o quiniela.

y de virtud cimentada.

-Quiniela, señora.

cinco o diez centavos.

con cinco centavos?

primeros premios ...

-No...

-LEs cierto eso?

ta centavos?

de sus hijas.

vestidos viejos y a averiguar, y si no es cierto, ipouponía que las inglesas eran to- encargaban de darle una tunda tal, de algunas sobras de comida, bre de til la a la escuela y proveerla de cogimiento de hombres y se fué Pero Eufrasia era incorregible, útiles, Hacia tres años que no pa- a su tarea. a de su casa, lo que había per-nitido engrosar las huestes del Su coquetería y su plebeya clep-tente con este nuevo cordero, pe-

> -Esta sinvergüenza tiene toda ce - le confiaba a su marido que el sacrificio que hago por edu-

Pero no era del todo inútil, porque con el correr de los meses, ciéndose — ¿cómo es posible que con Plácido Caramilla perdió su con 5 centavos puedan ganarse ocupación y las bíblicas vacas cerca de cuatro pesos? No, no flacas eligieron la casa de doña puede ser. Esa chica está cada día

Los robos de moneditas habían

Eufrasia tenia tesón para una sola cosa: negar. Negaba en to-Fué por entonces que doña Vir-

La sirvientita entro, con su mi--¿ Qué es ése perfume que te

Pero antes de oir la respuesta, notó, con estupefacción, que la chica lucia también un mono de

voz, pregunto: puede? sometió a una requisitoria bá- la tarde a la vereda, era la gran compréla cabeza? -Si, si... a la cabeza - re-

Museo de la Confusión N un aprehensivo prensivoro de gran éxito doméstico entre fámulas y mucámulos, descubrí con

ojo avizor dentro de la caparazón de avisos clasificados (con 0) que lo encuadernan, algunas dudosas colsboraciones de cocinantes y sirvientrices. Desde la persona sencilla que solicita una cocinera de leche, una lavandera seca, un chauffeur de adentro, un ama sin retiro, un portero de chambre, una dama de llaves y un valet de compañía sin cama, con aviso de retorno, hasta aquellas más complicadas que pretenden, extravios Veamos éste:

Criaria chico pecho o biberon, aire y sol. Santander 5248.

Yo creo que cualquier persona se da cuenta del peligro que entraña confiar al nene en las presentes condiciones. Sería una cruel-Dux O Sole Mio o a optar por ser solsticio, simún del desierto o viverón municipal. Otro avisito

A cambio cocina sencilla enseño rápido peinados, belleza. Cerrito 531 y 35.

Este me parece más pernicioso que el anterior. Las ventajas que pueden reportar a una cocinera la rápida enseñanza de peinados y belleza no creo que sean tantas. Un poco más de pelos en la sopa, algunos huevos fritos peinados al



y hallargos, artefactos sanitarios, medio, uno que otro puchero con personas buscadas, licitaciones, superabundancia de peines, peinepatentes y marcas, etc., tienen su tas, horquillas, espejos; sospecholugar correspondiente en las hojas sos pasteles pintados al óleo y rejay! expresivas del pacifista pa- llenos de carey y determinadas piro. Entre el cúmulo de renglo- farras con Shampoo o Champoing, nes analizados encontré algunos según la nacionalidad. Como se ve. avisos de dudosa conveniencia, los cambies y permutas entre la cocina y la peluquerfa no resultan muy agradables que digamos. Por último, el más misterioso de todos:

> Compro fatas tipo nafta, bolsas y Guia Kraft Pcial.; Pavon 2313.

Realmente no me explico a qué dad mayúscula exponerio a ser clase de negocio se dedican en alimentado unicamente de bibero- Pavón al veintitrés trece, ni que nes llenos de aire, mamaderas re- destino se les da a las latas, las pletas de sol y chupetes que van bolsas y las guías. ¿Vender guías llegando como el pampero a la Kraft en lata? Creo que no. arena, regimen que traeria como ¿Efectuar carreras de embolsados resultado una vez devuelto el par- con las Kraft Pcial.? Ridicula prevulo a su domicilio y en edad de tensión. Meter la lata en bolsa y elegir carrera, la obligación de buscar en la guía la dirección del transformarse en gondolero y manicomio? Tal vez sea la soju-cantar frente al Castillo de los ción.

> El Secretario Moderno por intermedio de cierta novela semanal nos instruye sobre las diferentes frases y manifestaciones escritas comunes a todo rigor mortis, velorio, mausoleo o senatina y que deben enviarse a los parientes del réquiem. Algunas buenas frases recomendadas por el secretaire, son las que siguen:

Sollozando, te envio un apretón de manos. Lloro con ustedes.

Les tiendo las manos, sin decir nada, y los abrazo llo-

co de Lepanto o el cheff de la solamente que de ese tenor se re-

rdo alusión al lagrimal y a la manoterapia. Otras epistolas más intimas y que dan lugar a frases conmovedoras nos ofrece el modernista. Aquí están:

"Siempre me parece que ha de abrir la puerta y que ha de entrar ...

"Quería tánto la vida..." "Aqui, en la oficina, ha dejado todos sus asuntos perfectamente ordenados. Guardó hasta el último instante su magnifico espiritu de organi-

"En el barrio nadie lo había olvidado y todos lo querían. De modo que cuando se supo

el ser maravilloso que era".

la noticia, el dolor entró en todos los hogares". "Ahora es cuando se comprende en toda su amplitud



"Es una pérdida frreparable. ¿Quién llenará el sitio que ha dejado entre sus ami-

"¡Si sabré yo cômo era de bueno! Desde que éramos ninos me encantaba la suavidad de su carácter".

Las fórmulas también tienen sus excepciones. La primera resultaria inconveniente para el deceso de un chorroarin que vivió rodeado de linternas, ganzúas y demás instrumentos de trabajo. La segunda no corresponde tampoco ser enviada a los deudos de una ex habitué a Corirentes y Esmeralda ni de un cafiolo vidalita. La tercera y la quinta, dio malos resultados en ciertos casos de Staviskismo y exposiciones transoceá-Como bien lo reconoce el pre- nicas. La sexta no se recomienda ceptor, estas frases representan ser enviada desde un estableciuna formula general que puede miento carcelario, con membrete admitir variaciones según los ca- de Sing-Sing, Ushuala, Sierra Chisos. Sería ridículo por ejemplo que ca, etc., lugar donde expiró el piun drilococo reconocido o un man- capedrero. Sobre la última diré mano negra en combinación con cibieren pocas al fenecer Hormiun urutan habitante del yatay se ga Negra, el Marqués de Sade y expresaran en esta forma, hacien- Torquemada.

ANIMULA VAGULA

DIBUJOS DE RODRIGUEZ



Cierto semanario correspondieze al 14 de mayo, por intermedio ie una sociable sección nos explica ciertos pormenores del mano a mano, Veamos:

LA MANO ENGUANTADA.

- La mano se tiende enguantada, para saludar: es lo correcto y, hasta puede decirse de algunos casos, más agradable. En realidad, ¿no es preferible el contacto de una piel de Succia al de una mano blandazca, sudorosa?

Ahora bien, el guante de sport que ha estado en contacto con las riendas de un caballo o con el motor de un coche, no debe conservarse puesto al saludar. La regla anteriormente expuesta solo rige con los-guantes de calle.

Ante todo habría que averiguar si lo corriente y normal son las nanos blandurcas y sudorosas, delicadas al cuentagotas y al manantial, es decir, manos de esponjario blandengue. Una vez determinada claramente esta cuestión, recién stariamos en condiciones de opinar sobre la conveniencia de manisulcarnos con Greta Garbo, Lo ue no comprendo es por que moivo una mano que ha estado en ontacto con las bovinas, cilindros, glienales, taximetros y dedicada la doma de potros con guante de ante en Guantámano se transforma inmediatamente en durezca y resecosa y está en condiciones e ser estrechada.



El Nuevo Rico * por H. Rodriguez



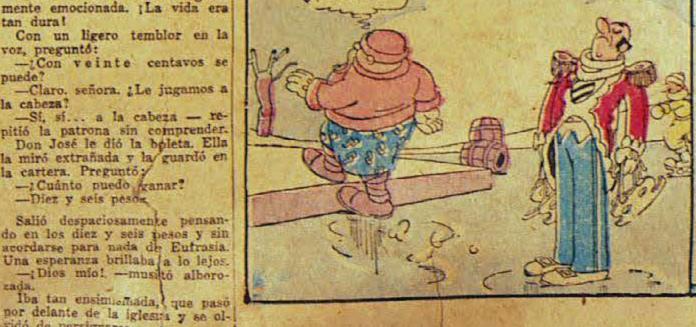












AITICA REVISE

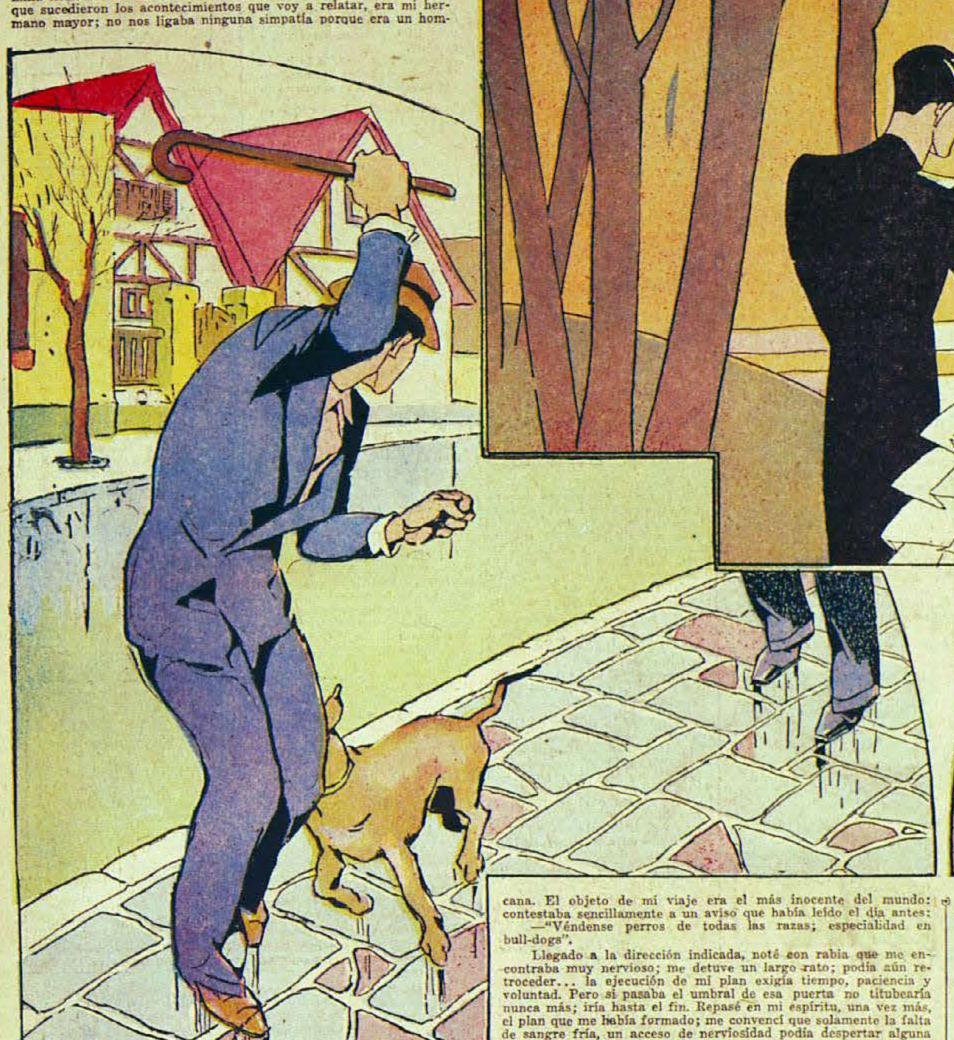
MULTICOLOB,- Mapor el reulación sudamericana, - Duenos Alexa Mayo Es de 1954.

LA EDUCACION DE «MUERTE»

LOS veintiséis años cometí una falta que tuvo por toda mi existencia las más deplorables consecuencias. Sin tener, como la inmensa mayoría de los homores la excusa de no comprender la decadencia interectual que se designa con el nombre de "amor", dejé este sentimiento enseñorearse de mi espiritu. ¡Sí! el amor es una enfermedad mental, una autosugestión imbécil. ¡Sí! Es sufi-

ciente, para librarse de ella, un poco de energia y voluntad!

Los Donnovan son descendientes de una antigua y noble familia irlandesa arruinada. Su jefe, hace diez años, en la época en que sucedieron los acontecimientos que voy a relatar, era mi her-



individuo odiado... y deliberadamente entré. bre frio, seco, católico ferviente, cuyo corazón y cerebro pertene- el cían a los dogmas de nuestra vieja fe, mientras yo, no había nunca podido creer que el hombre, ese grotesco tubo digestivo, pudiera bia morder... se llamaba "Muerte"!

llevar en si un principio de eternidad. Pasaba el invierno de 18... en un hotel de Cap Martín en la Costa Azul. Entre los residentes del hotel estaba Mrs. Stair, esposa de uno de los más grandes negociantes de algodón, con sus dos hijas; Dorothy, la menor, tenía veinte años: me enamore en seguida de ella como un loco, y la adoré.

Había prometido ser mi esposa y me aconsejó esperar a su padre que vendría a buscar a su familia para llevarla a Londres. Mister Stair llego; me recibió calurosamente; tuve cuidado de no contrariarlo en sus ideas políticas, y nos despedimos, esa noche, encantados el uno del otro. [Insensato! Me dormí sin ningún presentimiento de la catástrofe inminente...

Solamente dos días después pude expresarle mi desco. No me dejó hablar; me humilló en la religión de mi familia, en la sangre de mi raza, en el producto del trabajo de mis antepasados...

-No tengo entonces, ninguna esperanza? - le dije al sepa-

rarnos, con una voz que no reconoci... -Habrá que olvidar todo esto - me contestó con una desen-

voltura bajo la cual se adivinaba una firme resolución. 1 Olvidarla!... ¿Sería posible para el hombre que pierde la vista olvidar las bellezas del cielo?... Ella estaba en mí; su ima-

gen era lo mejor de mi ser; me rehusaba a arrancarla de mi pensamiento y no vivía más que para transformarme, teniendo solamente un sueño: volverme inglés, protestante y rico. Frecuentaba asiduamente las ceremonias del culto anglicano,

y me convencia de que tenían una poesía intensa y que eran muy superiores, como espíritu evangélico, a las de las otras religiones. Me esforzaba en interesarme en la politica nacional inglesa y

me asocié a varios clubs. Me puse en relaciones con hombres de negocios y trabajé con tanto ardor y convicción, que les inspire admiración.

Al mismo tiempo, como sabía que el padre de Dorothy era profundamente religioso, tomé la resolución de hacerle hablar en mi favor por algunos de aquellos hombres de la iglesia que poseían toda su confianza; pero cuando había ya encontrado a la persona que hubiera podido servirme para mis proyectos, lei la noticia del compromiso de Dorothy con Teófilo Veroni, el gran negociante

El golpe me fulminó: me parece que perdí los sentidos y la muerte entró en mí.

Pero en seguida reaccioné; y una implacable voluntad de resistir por todos los medios, hasta que me quedara un soplo de vida, me hincho el pecho con una energía indómita y desesperada...

Podía sangrar, sufrir, morir; pero no quería confesarme vencido; no quería renunciar a la esperanza de tener entre mis brazos aquel ser que me era más querido que mi felicidad, que mi honor y que mi vida. No aceptaba mi derrota y estaba indignado por la manera con que me había tenido alejado de Dorothy, Ciertamente era el derecho de los padre si me consideraban incapaz de hacer la felicidad de su hija; pero yo también tenia el derecho de resistir hasta mi último soplo y por todos los medios a la injusticia del destino!

¡Por todos los medios!... Me repetía esto con el corazón henchido de un inexpresable deseo. ¿Como romper ese maldito no-

Pasé dos días sin comer y sin dormir; la angustia moral que me torturaba era terrible... tenia que impedir ese casamiento por todos los medios.

El domingo siguiente fui, como siempre, al templo donde vi a Teófilo Veroni, buen mozo, con un aire de triunfo que me llenó de rabia... ¡Ah! si ese individuo no existiera!... si desapareciera tal vez tendria más suerte... No hay otro remedio... lo mataré Lo que me retuvo de matar a mi rival en aquel momento, fué

el miedo del castigo. No se sabra nunca cuantas vidas ha salvado na pena de muerte! Además, si quería recoger los frutos de mi crimen, era necesario que ni una sospecha cayera sobre mi.

Había que matarlo!... no quedaba otro remedio. Pero ¿como?

Esta idea me obsesionaba. Estábamos en noviembre; seguramente la boda no se realizaría antes del verano. Tenía tiempo para preparar mis planes, ma-

durarlos y ejecutarlos. No pensaba en la dificultad de concebir esos planes y de realizarlos. La sola esperanza de que me quedaba una probabilidad, aunque muy pequeña, de reconquistar a mi querida Dorothy, me

miedo de delatarme; miedo de fracasar deslumbraba; tenia confianza en mi amor: era capaz de todo... A principios de diciembre tomé el tren para una ciudad cer-

to en su jaula: el pequeño cubo lleno de ácido carbónico en el cual conservaba algunas onzas de una materia gris, dontenia el más terrible de los virus...

Frente a la casa de Veroni, había una casa vacía que alquilé sin demora y pasé tres días observando las costumbres de mi rival. Me hallaba en un estado de nervios dad terrible: tenía miedo;

Tenia miedo de tener miedo: tenía que matar sonriendo; matar con banales palabras de disculpa; frente a ese hombre odiado no iba a dejar ver mi rabia ni mi cólera. Observé que todos los días a las nueve, Veroni salía de su

casa. Fijé entonces para el 3 de abril mi tentativa de asesinato. Ese día amaneció lluvioso; las calles estaban desiertas y yo me quedé con mi perro en el corredor, asechando la salida de Veroni. Muerte estaba nervioso; muchas veces trató de librarse de la mano que sujetaba su collar; tuve que amenazarlo para obligarlo a quedarse tranquilo.

Bruscamente la puerta de enfrente se abrió: alto, elegante Veroni acababa de aparecer: su rostro, de tipo oriental, deno taba calma y buen humor. Rápidamente abri la latita que contenía la mezcla de médula

con goma arábiga, y, sujetando el hocico de Muerte, le embadurne las mandíbulas con esa preparación que se pegaba a sus colmillos. Fué un relampago: Veroni no había traspuesto aún el umbral, cuando Muerte, sacudiéndome, escapo de mis manos grunendo, pasándose la lengua sobre los dientes para desembarazarse de la goma que lo molestaba, .

En un segundo estuve en la calle. Muerte me seguia. Mi rival caminaba con paso alegre; nadie por el camino: el perro me miraba fijamente.

* - Popit! - murmuré tan despacio que el hombre que me precedia de pocos pasos no me oyo. Rápidamente, el perro se lanzo sobre Veroni; lo agarro por un muslo mordiendolo con furor; Veroni le pegaba con el bastón: durante un segundo, tuve bajo mis ojos una masa confusa de paño negro y pelos rojizos. Finalmente el hombre consiguió librarse de su agresor, pero no fué más que por un instante, porque el animal, siempre más furioso, se colgó del puño izquierdo: oía la mandibula cruiir sobre los huesos; y vi la sangre correr por los agudos colmillos.

Entonces lo así del collar y lo arrojé lejos de Veroni. Toda la escena no había durado más de quince segundos. -Perdoneme, señor, espero que no estará seriamente herido... Veroni no me contesto.

-Estoy consternado por este sensible incidente; le presento todas mis excusas. - Excusas... excusas!... no se trata de excusas, senor -

conversación?... Sin embargo, yo supe todo lo que deseaba saber, exclamó el joven que recuperaba el aliento.

> POR ALBERT DUBOIS

> > ILUSTRACION DE

na, bajo algunas piedras, vi una pata rigida; quité el montoncito que cubria el perro, y despues de algunos golpes de escalbel, puse un grueso fragmento de su cerebro en una cajita de hojalata herméticamente cerrada y en-

todo lo que justificaba mis peregrinaciones en Argelia.

-"Véndense perros de todas las razas; especialidad en

Llegado a la dirección indicada, noté con rabia que me en-

Pensé en Dorothy, me la imaginé en los brazos de aquel

El perro que compré era un bull-dog obediente, bravio y sa-

Fabriqué un maniquí que puse en el fondo del parque, cerca

El 7 de enero dejé Londres y me fui a Argelia; compre una

de un gran trozo de carne; acostumbre al perro & encontrar su

comida al lado del objeto que yo le indicaba con la interjección

¡Popit!, que el criador le había enseñado; y así pasé un mes pre-

parando mi obra de muerte... y todo, salvo algún detalle, estaba

hicicleta y recorri los encantadores caminos del encantador país,

pernoctando en modestas posadas. Leía atentamente los diaritos

insignificantes de las localidades donde me detenia; los informes

de que me proveía reglamentaban en realidad mis peregrinaciones;

y nadie hubiera podido adivinar las intenciones que guiaban mis

tarde, tuve una larga conversación con una vieja española sirvienta

de la posada adonde me había dirigido después de leer algunas li-

guiendo mis preguntas, que un perro hidrófobo la había mordido

y que ese animal había sido muerto y enterrado en un campo de

Estas peregrinaciones duraron casi un mes; finalmente, una

La mujer, que llevaba un brazo en cabestrillo, me contó, si-

¿Quién hubiera podido encontrar algo de sospechoso en esa

preparado para la consumación del acto terrible!

sospecha y provocar algun peligro.

neas en el diario,

piedras cerca del cementerio.

Más tarde, paseando, fui a

En una barranquita cerca-

visitar el cementerio; nada más

natural: constituia la unica cu-

riosidad de la pequeña ciudad.

vuelta en un género termostático. JUAN SORAZABAB Desde que dejé Londres, llevaba preciosamente esa cajita sobre mi corazón. Una semana más tarde me encontraba otra vez en mi casa. Para asegurarme de que aquel perro había sido verdaderamente infectado por el virus rábico, inyecté el veneno a un conejo y esperé el resultado de mi experiencia con una impaciencia que no puedo describir. Esto sucedía el 26 de mayo. El primero de marzo lei que la boda estaba fijada para el 8 de junio. ¡El 8 de junio!... ¡No me quedaban nada más que tres me-

ses!... y debia esperar quince dias para saber si poseia un arma capaz de librarme de mi rival!... Si el diario argelino se había equivocado, si mi invección había sido mal hecha, todo sería para recomenzar.

Y no quedaban más que tres meses para que se cumpliera la profanación abominable que yo había jurado impedir, y debía esperar con los brazos cruzados que la naturaleza obrase.

En los quince días que siguieron me dediqué a perfeccionar la educación de Muerte, que demostraba una docilidad perfecta. Sus instintos feroces se habían terriblemente desarrollado y ante cada persona que cruzábamos en nuestros paseos, me miraba como para solicitar el permiso de morder. Una vez, para asegurarme, lo invité a morder a un pobre vagabundo, al cual indemnicé con una

El octavo día el conejo rehusó la comida, pero desgraciadamente, dos días después, comía como siempre y saltaba en la jaula. Pase ese dia en un estado de abatimiento terrible: habria que recomenzarlo todo. Un cansancio infinito me invadió: esperar con los brazos cruzados, no poder hacer nada, dejar pasar las horas que acercaban el día fatal: nada más angustioso, ni más tortu-Quince días después de la inoculación, encontré al conejo muer-

Conseguiría matar a un hombre en pleno día, en la calle, por medio de la pequeña escena tan cuidadosamente preparada?

URITICA, REVISTA MULTICOLOR,- Mayor eliculación sugamericana, "- Buenos Aires, Mayo a

-¡Sin duda! Yo estoy dispuesto igualmente a darle la

ra razonable... y a reparar el dano que mi perro ha causado. -No necesito nada... ¡Un caballero no se pasea con bes-

compensación que usted juzga-

tias feroces -Estoy demasiado contristado para discutir este punto de vista con usted, senor - con-

Una calma sobrenatural me inva-

día; sobre el puño de Veroni una fea mordedura agujereaba la carne. -Voy inmediatamente a hacer matar este animal ... Siempre ha sido muy malo ... no puede ver agitarse un bastón a su lado...

testé, saludándolo.

Veroni, livido, no contestaba, y con un supremo esfuerzo se dirigió rápidamente hacia su casa. En ese instante pasaba un coche: subi con mi perro y volvi a mi habitación, exultante. El golpe, tan sabia y pacientemente preparado, había alcanzado a quien yo apuntaba; yo era un asesino; pero me sentía el más feliz de los hombres.

Esa cara morena, de una hermosura de meridional, la veia siempre, mirandome y hablandome con cólera. ¡Cómo había sido dueño de mí mismo! [Cómo la conciencia de mi fuerza, de mi aplastante superioridad, me había ayudado a representar una comedia de dignidad desdeñosa, de caballerosidad altanera!

Ai hombre que vo mataba, asesinaba en pleno día, en plena calle, le había abordado, con la frente alta, y la sonrisa en los labios, lo había dejado encolerizarse, y había representado hasta el final mi papel de hombre de mundo correcto y frío. :Un sensible incidente!

Un sensible incidente, en verdad; repetia esta palabra con un verdadero deleite. Habría querido morderlo yo mismo, destro-¡Un sensible incidente!... Una risa muda me hinchaba la

garganta No tenia ninguna duda sobre mi triunfo; y va veia a mi odiado rival aullando en un hospital. Estaba seguro que no tomaria ninguna precaución porque Inglaterra no tenía Instituto Pasteur, habiendo los sabios británicos recibido con escepticismo el descubrimiento del célebre francés.

De todos modos, yo pensaba que tenta muy pocas probabilidades de salvarse. Pero, ¿cuanto tiempo debería esperar para que el virus hiciera su efecto? El período de incubación de la rabia en el hombre varia entre treinta y cinco y cincuenta días.

LY que hacer de Muerte? ¿Conservarlo? ¿Y si se hubiera contaguado con la terrible enfermedad? Er/a suficiente que hubiese tenido alguna mordedura en la boca. ¡Terrible peligro! Se había puesto muy triste desde aquel día. Una noche Muerte parecía muy inquieto: caminaba por mi dormitorio quelándose sordamente. Yo veia sus pupilas, que, en la oscuridad brillaban con un intenso res-

No podía abrir la puerta sin exponerme a su furor; sauja que los dolores que atormentaban al pobre animal producirian un paroxismo; me miraba con los ojos extraviados por los sufrimientos;

plandor verde. De repente, con un grito muy raro, se lanzó hacia

gemido casi humano que hinchaba su hocico deforme, mientras

saltaba a mi alrededor para lamerme las manos y la cara. Yo hice un gesto un poco brusco y, entonces él, con un aullido terrible,

empezó a correr por la pieza, chocando contra las sillas y los

muebles: dió unas cuantas vueltas y después se acostó en un rim-

estaba rabioso; de un momento a otro podía lanzarse sobre mi-

Mi grito pareció calmarlo un poco, pero siguió emitiendo un

Yo no osaba moverme; no me hacía ninguna ilusión: mi perro

- Muerte! - grité estremeciéndome de terror.

cón gruñendo sordamente.

Entonces no esperé más; rápidamente empuñé el revôlver y lo desplomé de un tiro.

de sus labios caía una baba espesa.

Pero en esos momentos atroces un pensamiento atravesó mi espiritu: ¡el virus era bueno!

Hice embalsamar el cuerpo de Muerte, que está en mi escritorio donde escribo, y no le tengo ningún rencor por el terror que me hizo pasar aquella noche; él me habia bien servido en mi odio. Los días pasaban; habíamos llegado al 20 de mayo.

Me torturaba con dudas y cálculos: hacían ya cuarenta y seis dias que Veroni había sido mordido: faltaban solamente diez y ocho para la boda. Consultaba los diarios con una ansiedad extraordinaria, pero sin resultado; ya empezaba a tener las más vivas

¿Era posible que los dientes se hubieran limpiado atravesando el tejido del traje? ¿O que Veroni hubiese sido refractario al virus? Además se citaban casos en que la rabia se había declarado después de tres o cuatro meses...: Y dentro de pocos días Dorothy se casaba!

A medida que el tiempo pasaba, mis inquietudes aumentaban. Todos mis esfuerzos habían sido vanos: Veroni vivía, Veroni

Ella se casó el 8 de junio.

Desde mucho tiempo me preguntaba como haria para vivir durante las horas execrables de ese día y de esa noche. Había esperado hasta el último momento que la muerte de Veroni me sal varia de ese suplicio. Mis planes se desbarataban, [Imbécil! ¡Qué bien había ma-

quinado mis combinaciones! ¡Con qué habilidad había tomado todas las precauciones para que la justicia no pudiera ponerme las Había sido verdaderamente genial; había sido prodigioso en

ingeniosidad, habilidad y calma... y el 8 de junio había llegado y mi victorioso rival vivia todavia, vivia siempre... ¡Cómo sentía en ese instante el no haber recurrido al revol-

ver o al puñal! Fué un día delicioso; el tiempo era radioso; yo me quedaba estúpidamente aplastado en la ventana y, minuto por minuto ese

dia y en la noche del 8 de junio, que la mañana siguiente me fui a Sin embargo, en esas horas, en esas horas de extremo desequilibrio en que yo creia ver hundirse todo a mi alrededor, ese ponsamiento que me había enloquecido, que era uno de esos innumerables locos que deambulan por la calle, me impresionó tanto en el día y en la noche del 8 de junio, que la mañana siuiente me fui a consultar al más célebre de nuestros alienistas. -1Se puede ser loco, doctor, creyéndose sano de espíritu?

Creer en su perfecta salud intelectual es un indicio de manifiesta alienación mental - me contestó riendo. - El amor no es, a veces...

- Una forma de locura? En efecto. Eso se ha dicho muchas veces en broma, pero es un hecho innegable. Me puse a llorar.

-Comprendo - dijo el doctor -. Usted está enamorado. Pero yo puedo curarlo. Deme su palabra de honor que cumplira exactamente mis instrucciones.

Dí mi palabra de honor. Ocho días después, a bordo de un va-por que me llevaba al Japón; ya no pensaba tanto en ella. El remedio del doctor era muy sencillo: un viaje largo y distracciones.

Desde Gibraltar mandé esta carta al Dr. X.: Querido doctor:

El Infierno es muy poca cosa para poder evadirse de a tan

fácilmente. Le debo más que la vida", Cuando alcanzamos Alejandría, las distracciones del viaje, algunas agradables amistades me alejaban increfblemente del

drama que había convulsionado mi existencia. Allí fué donde lei en el "Daily Mail" la noticia de la muerte de Veroni, victima de un ataque de rabia durante su luna de miel. Segui mi ruta hacia el Oriente. He visto Ceylan, Java, Siam, la

China. Y el pensar que yo había matado por tan poca cosa como es el amor de una mujer, me hacía sentir ridiculo y me quitaba la alegria de vivir en este mundo nuevo para mí. El amor es una disculpa mientras dura. En cuanto esa obsesión enfermiza hubo desaparecido, me juzgué severamente. Mi situación moral es atroz. Me persigue un inmenso remordimiento. Nadie puede explicarme por que si Dios no existe, el acto de librarse de un rival es abominable,

Y yo no creo que Dios exista. Sin embargo una voz acusadora me persigue. Sin duda es una nueva forma de aberración mental

También las Mujeres se Hacen Vagabundas kikkis

mujer "hobo" hable por si mis- donde volvimos a Abilene. ma ante el sociólogo que la in- | Si, me hizo el amor. Me lleterrogara: -"Habia una milla o cosa

asi desde los galpones del fe-rrocarril hasta el lugar en que yo acampaba. Caminé hasta alli y me encontré con un agente. Este me preguntó donde iba. Yo le dije que no le sabia... que andaba por les camines. Me dio que no podría subir a un tren esa noche, pere, si aguardaba determinado lugar, se detendria alli a las siete de la mañana. No. no me hizo insinuacio-

nes. Los agentes del ferrocarril tienen sus propias muchachas. Los hombres del camino, no. Luego me reuni con dos muchachos blancos y dos negros. Ibamos en tren y marchábamos para Carolina del Norte. Viajamos todo el dia. Cuando se detuvo el tren, uno de los muchachos

vó hasta cerca de su casa y me dijo donde se encontraba un manantial. El quería ser sociable conmigo, aunque se encontraba entre los que lo conocian. Dos indios llegaron en un automóvil al día siguiente... era en un Ford. Me vieron bañandome y lavando ropa. Se detuvieron y prepararon el desayuno. Y así partimos. Uno bajó en cierto punto, pero yo segui viajando con el otro. Me hizo conocer h localidad. SI, me hizo el amor. Era muy correcto. Me agradaba, Si, me gustan los indios. El cocinaha buenas comidas y tenía sandías. Estuve con él cuatro días, Luego, me puso en ca-mino de Fort Worth. Llegué a Fort Worth y me encaminé por las vias del ferrocarril. Los muchachos me habían dicho que era rácil meterse en un vagón en Fort Worth, pues así uno no

se topaba con Texas Slim. Este es un agente especial. Subí al tren de carga... muchos hombres se encontraban alli. Viajamos hasta Yuma, Ari-"Cuando llegamos a

Yuma, dos muchachos me dijeron que regalaban melones en una casa empaquetadora de frutas. Me quede allí durante una semana... bajo un puente. Los

XISTEN diferencias importantes en la situación de las mujeres sin hogar, comparada con la de los hombres sin techo. En primer lugar, las mujeres, a diferencia de los hombres, no tienen tradiciones de vagancia ni tendencia a ello. Ellas son, en su mayor parte, novicias en su inadaptada existencia de transición. En segundo lugar, los hombres pueden carecer de techo seguro y vagar con mayor facilidad que las mujeres, no tanto por las diferencias biológicas y psi-cológicas entre los sexos, como debido a las condiciones sociales. El nuestro es todavía, en gran parte, un mundo para los hombres, pesar de la libertad de los caminos. En tercer lugar, los hombres in techo, en los Estados Unidos, cuentan con una cultura y una ociedad propias. Ellos tienen su "hobohemia" y matorrales que enstituyen una forma de su vida comunal, con prácticas y actividades aceptadas. Las mujeres no han tenido tiempo para implantar su propia existência comunal sin techo. Ciertamente, la "hobohemia" vagancia sin techo y el materral, hacen la vida soportable, sino stractiva, para los hombres. En último caso, los hombres sin hogar llegan al extremo en el caso... formando cola en los lugares en que se distribuyen alimentos a los menesterosos... Pero en alquier caso, las mujeres se resisten a la humillación de la mendicidad del alimento. No tienen filosofía para aceptar graciosamente comida. En realidad, ellas jamás han aceptado la caridad en grado considerable como personas aisladas, sino como miembros de

En este debe hallarse la respuesta a la pregunta que se hace sobre la causa de que se venn tan pocas mujeres formando cola para obtener alimentos que distribuye la caridad. Como lo ha hecho notar una observadora, "ellas casi se mueren de hambre. Pero po forman en las filas que esperan alimentos de la caridad pública, comen en latas. Todos los que se han sorprendido de que no fiparen mujeres en esas formaciones de hambrientos, comprenderán que ello no obedece a que no existan mujeres que padecen hambre. Esto se debe a que ellas consideran que cualquier exhibición pulica de la miseria es degradante". La misma observadora, en ferero de 1933, en un número de "Review of Reviews", sostiene que unerosas jóvenes desocupadas y sin medios, de Nueva York. vien horas y más horas viajando en el subterráneo sin abandonar el agon durante las noches, mientras que durante les días buscan alas públicas de cualquier índole para permanecer sentadas alli.

Pero, admitiendo que los hombres tienen sobre las mujeres la entaja de una situación más libre, no existe razón para suponer os las mujeres sin hogar no pueden adaptarse a hacer la vida de s caminos, en los vagones de carga, en casas improvisadas, en batrios de casuchas y en general, a la vida del vago o "hobo". Tamoco existe razón para suponer que la migración de las mujeres in techo no acabará invadiendo la "hobohemia" y los matorrales, en identica forma que han invadido otras zonas originariamente ocupadas y consideradas como exclusivas del hombre. Todo indica ue las muleres pueden hacer maravillosas "hobos", según se co-

Un sociólogo recientemente hizo el estudio del caso de una mujer de treinta y siete años de edad, hecha "hobo", que se presento pidiendo techo y traslado a una oficina federal de tránsito de reciente creación. Las partes esenciales de su relato, tal como lo refiriera, podrían utilizarse para dar una idea real de las condiciotes de vida por los caminos de semejantes mujeres, lo que hacen para adaptarse a ella y el grado en que acaban por desmoralizarse. La señora Metzger, como la llamaremos, nació en los Estados Unidos, y sus padres nacieron en Alemania. Hacia dos años y medio que ella se encontraba sin trabajo antes de emprender la ruta de los caminos. Durante cinco años previos había trabajado contituamente, hasta que se produjo su desocupación. Antes de eso, se había casado. Después de cuatro años de matrimonio, se separó de su marido, quien, no solamente la infectó, sino que llegó a exigir muchas cosas de ella. Antes de su casamiento, estuvo ocupada durante ocho años en tareas semiespecializadas. Su niñez fué de lo menos episódica. Hija de un herrero, cursó hasta el octavo grado de la escuela pública y empezó a trabajar muy, joven. Su conducta de muchacha era aparentemente normal. A estar a su relato, jamás huyo del hogar y cayó en infracción sexual. Estaba orgullosa de ha-Der llegado a su marido como "la mujer más pura que él conociera".

las razones que dió para deambular por los caminos, son de que se le habían agotado los ahorros, de que podía vivir por mucho menos por las carreteras, de que deseaba vialar, pues había conoido poco el país, de que quería libertarse de su amante y terminar todo con este (este era su único "asunto" durante la separación y con anterioridad a su experiencia caminera), a la vez que anhelaba brarse de las gentes que la fastidiaban por su religión (ella era afrentista del septimo día). Y si bien no haya quiza declarado todas las razones, es patente que una combinación de factores, antes que una sola razón, la llevaron por los caminos. Estas complejidades rara vez son tomadas en cuenta por aquellos que insisten en re la desocupación es casi la única razón que hace que las mujete se entreguen a la vagancia. En el caso de la señora Metzger, por ejemplo, la falta de dinero para mantenerse le indujo a creer De podía llevar una vida mejor por les caminos que en una casa habitaciones. Pero esta creencia no fue sino uno de los varios actores que la impelieron a deambular.

Con una caja de ropas y un envoltorio se encaminó hacia el r, desde Washington, subiendo a trechos en camiones y caminanpor las carreteras. Su ruta prosiguió luego de Tampa. Florida, Maridian, Mississippi, desde donde prosiguio a Baton Rouge, Fort orth, Yuma, Los Angeles, desde donde volvio a Fort Worth, nego siguió a Memphis y Little Rock, llegando a Nashville. Jamas tuvo un compañero por el camino. Durmió en el campo raso, padedi hambre durante días, viajó en vagones de ferrocarril a veces hista con cincuenta hombres, acampó durante las noches sola y con hombres. Varias veces fué atacada y víctima de estupro, entrecindose otras más. Pidió alimentos, ropas y la oportunidad de laurlas Compartió sus alimentos y su dinero con hombres, pero aca pidió dinero, jamás se alineó frente a los lugares en que se reparten comidas y jamas entregó su cuerpo por dinero,

En realidad, ella sigue una linea en lo que respecta a pedir lisna, a la prostitución y al alcoholismo. En estos aspectos, la on encuentra en ella una fuerte resistencia. Mantiene religión, recibe lo que le llega sin murmurar, cree que las oficias de Estado y federales hacen lo que pueden, no teme al hombre aprovecha cuanta circunstancia se le presenta para bañarse y larse las ropas. Ha gozado de excelente salud, salvo un ataque de udismo y un ligero resfriado y jamás penso en el suicidio. Todo cia que ha vivido muchas experiencias. Pero dejemos que esta justración de andres 9

blancos quiso conducirme hacia los árboles para que me quedara con él. Me dijo que encontraria algun trabajo para mí. Otros dos muchachos blancos subjeron en la primera parada. Los dos negros bajaron y el muchacho blanco me hizo sus proposiciones. Seguimos viajando hasta Salisbury... era la segunda parada y alli nos quedamos. Un detective golpeo en la puerta del vagón. Nos miraba como queriendo castigarnos, me parece. Nos quedamos allí, asustados,

"Por eso los muchachos gritaron que yo me desmayaba. El detective abrió la puerta y nos dijo que desapareciéramos. Camina-mos como media milla hasta un almacén y compramos café. La muier del comerciante nos dió leche y azucar y yo le agradeci por lo bien que se portaba con nosotros. Usted sabe que en el camino no se come casi nada, fuera de bunuelos y galleta. Acampamos al aire libre esa noche. Intentamos subir esa noche a un tren de carga, pero un empleada nos descubrió. Un muchacho consiguió esconderse en el convoy, pero yo y el otro tuvimos que huir. Caminamos toda la noche por la carretera. Yo compre alimentos. El no tenia una moneda. Al otro dia, comimos algo. Esa noche paramos en una casa y tuvimos una tara de leche y, la que nos diera eso, también nos hizo comer un poco de pastel y cuatro bizcochos. Dermimos en la escuela pública esa noche. Estaba abierta. Si, él me hizo algunas insinuaciones, pero yo las rechacé... ¡era tan joven!

"Yo estaba sola, tirada a un lado del camino, y dos policias llegaron en un automóvil y me dijeron que fuera con ellos. Me llevaron a un restaurant de la población, y el dueño del restaurant le pidió a un individuo que me hiciera pasear en automóvil. Lo hizo. El manelaba un camión y me llevó por toda Carolina del Sur, Georgia y vuelta a Florida, ¿Cuánto tardó? Doce horas, ¿Cómo? Vamos a ver. Partimos a las siete de la mañana. ¿Cuántas horas son esto? - Veintiuna, responde el que interroga -. Me dejó en el camino. Los mosquitos me picaban horriblemente y un hombre que paso por alli, al ver como estos me habían puesto, me dijo que fuera a un campamento con él. Me quedé allí durante una semana. Me traia alimentos todos los días y une sacaba a pasear en automóvil. Era una persona influyente... no un "hobo". Me hizo conocer Florida. Estaba casado pero no enamorado de su mujer. Tendría ujios cuarenta y cinco años ...

(Ahora habia de su estada en Baton Rouge, Luisiana). "En esta forma, pasó un camión y el conductor me llevo por todo el camino de Tejas, pasando Abilene, llegande a Renger y Dallas desde muchachoz y yo. Vinieron algunos hombres más. Y también algu-

-¡No temía a tantos hombres cerca suyo durante la noche? -"Algunos hombres están siempre al lado mío para protegerme... como ciertos países tienen un protectorado. Partio uno de los dos muchachos quedando el otro. El puente estaba cerca de la prisión. Me quede una semana más con otro hombre. Era de cuarenta años de edad. No intimamos. Decia el que yo debía sentir simpatía por los indies y me acusaba demostrarme amiga de les indies. Yo no le era, pere el me rechazaba... por eso no tuve nada que hacer con el Después, abandone Yuma en un tren de carga... Treinta e cuarenta hombres iban en el vagón conmigo. No, nada de violencias. Siempre había uno que otro que me pro-

"Una vez, un hombre me atacó en un automóvil cerrado y luego salió de alli. Era el sereno de un depósito de ferrocarril. Me dife que me iba a golpear si no me entregaba. Luché contra el, pero me tomo del cuello y me arrojo contra el piso del automovil. Otra vez en un camión de leña... se hallaban alli unos cuarenta hombres. Pero ellos bajaron y yo me fui a dermir, pero cuando desperte, un hombre ponía una almohada sobre mi. Vi lo que iba a hacer y le dije que se detuviera, pero no entendia. Descubri que era mejicano. Hui de el y volvió a darme caza en el camión. Vi a otro hombre en el vehículo, dormido. Tiré de la manta que lo tapaha, lo desperté y este me protegio.

"Otra vez, un hombre me dijo que si no me entregaba, no tendría nada que hacer por los caminos. El me dijo que era su automovil (evidentemente un auto cerrado) y que me conduciria a donde yo iba. Pero en 1-sos momentos apareció un "cow-boy" y salió en mi defensa. El le dijo que se había olvidado que ese era el Oeste y que sería mejor que me dejara sola,

-: Cômo evitó el embarazo por los caminos? -"Soy estéril. Los médicos, después de mi operación, me dijeron que siempre sería estéril. No, nunca padeci de venéreas por los caminos. Todos eran limpios esos hombres. No quería que me molestaran. Yo no leis tengo miedo. Pero, siempre hay algún temor. Les hombres de los caminos nunca tienen mujer y siempre llegan donde hay una. No es por lo que yo les gustaba, sino por-

-Si, realmente me siento dichosa por los caminos. No me gusta ser atacada, pero aparte de este, he sido realmente feliz.

- Qué es lo más agradable entre lo que le ha ocurrido? - "Encontrar quien me diera de comer cuando estaba realmente hambrienta.

-¡ Ninguna otra cosa? -"Es hermoso ir de ciudad en ciudad.

-¡Subió alguna vez a un tren en marcha? -"Dos veces. Puedo subir a ellos cuando están en movimiento. pero es difícil empujar la puerta. Una muchacha casi necesita indispensablemente a un hombre para esto. Hasta los hombres nece-

- Qué hizo todo el tiempo que anduvo por los caminos? -"Hablaba casi todo el tiempo.

- Qué otra cosa hacia? - Leia.

-¿Que libros?

-"La Biblia, Poemas,

-1 Qué poemas?
-"El paraiso perdido".

- Que otras cosas? - Tengo un libro de poemas... una colección de ellos. Cualquier persona romântica gusta de la poesia, ¡Me encanta? Recorto poemas de los periódicos y los aprendo de memoria.

-- Cual es su poema favorito?
-- "Hiawatha". ¿Parece broma, no? Pero me encantan las cosas de los indios y por eso me gusta "Hiawatha"

En el curso de la conversación, esta "hobo" hizo varias declaraciones reveladoras ante ciertas preguntas especiales que le formulara el sociólogo.

Pregunta: - ¿Cuál es la experiencia más importante de su vida en los caminos?

Respuesta: - Cuando no podía encontrar agua para lavarme, Me desagradaba tener que acercarme a alguna casa y pedir per-

P.: - Este sentimiento es peor que el del hambre? -Si; estar sucia es peor para mí que sentir hambre.

P.: - El hambre no la abate? R.; -No, el hambre no me abate; pero siempre alegra tener

algo que comes. De cualquier manera una no llega a sentir hambre hasta el segundo día. P.: - Qué es le más peligrose en les camines? R.: - Las gentes no adivinan el peligro que se corre trepando

y arrojandose de los trenes en movimiento. P.: - Cree usted haber perdido algo por deambular por los ca-

minos, física o mentalmente? R.: -Nos por el contrario, creo que he ganado más de una cosa. Mi mente se ha ampliado.

P.: - Usa usted pantalones para andar por los caminos? R.: -No. Los use en una sola ocasión en que me regalaron un par, pero los abandone en seguida. Todas las otras mujeres que he visto por los caminos usan pantalones o bombachas. A mí me agradan las faldas. Ellas (otras "hobos") usan pantalones para no

ser molestadas y viajar en los trenes con los hombres. P.: - LEs usted religiosa? R.; -Soy adventista del séptimo día. Llevé mi Biblia y el li-

bro de poemas conmigo. Voy a la iglesia de vez en cuando. Me parece que a ustedes les resultará divertido que yo sea una persona religiosa. Bien, la cacerola no puede decirle a la olla que está negra. Ustedes no pueden arrotar piedras... eso es lo que dijo el Senor. Les doy ese ejemplo. Ustedes deberian hallarse por los caminos con ciertas cosas y tendrían que transar cuando las circunstancias obligan. Pero esto no quiere decir que yo no conservo mi

En lo que al futuro que espera a esta mujer "hobo", un extracto de la conversación con su interrogador, ofrece alguna luz.

P.: - Donde va a ir abora? R.: -No lo he decidido todavia. Puedo ir al Este (con su hermana). Ahora podría entretener a las gentes con charlas de andanzas por los caminos. Si, no tengo decidido todavia lo que voy a hacer. Si, voy a regresar a mi casa por mi propio acuerdo. Ellos (la oficina de transito) no me van a forzar para ello. Si me agradará verlos (la familia de la hermana). Siempre me trataron bien, Si no me agradara vivir con mi hermana, podría velver a los ca-

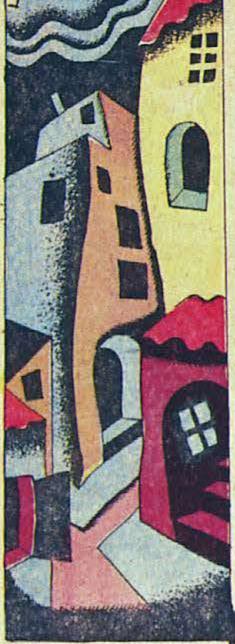
P.: - No le serà aburrida ahora la vida en la casa? R.: -Quiză sienta el desco de vagar nuevamente... Quiză ella (la hermana) se alegre de tenerme en su casa. De todas maneras podré marchar; ¿adónde? Adonde me se ocurra.

P.: - Tratará de obtener nuevamente ocupación? R.: -Si me quedo en casa, dejaré de no hacer nada. Pero no me molestare en buscar trabajo si ello solo sirve para gastar las

En este caso, analizado por el sociólogo de la oficina de tránsito, hay un comentario una predicción en realidad: Ella siente inclinación por la libertad de los caminos y el sentido de poder que da vivir absolutamente libre por las carreteras. Creo que se siente orgullosa de si misma y cree ser muy superior a lo que era con anterioridad a sus correrías. Ha indicado que desea regresar a la casa, pero es probable que retorne a la vagancia. También ha dicho que no está dispuesta a gastar las suelas de sus zapatos buscando trabajo. Parece tener la noción de que en los caminos está su futuro... algo a lo que puede volver a caer, algo en lo que ha tenido éxito. Existen indicios de que ella continuará en esa situación de semivagancia para acabar por convertirse en errabunda incurable.

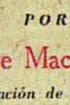
Una encuesta oficial recientemente efectuada, revela que exista en los Estados Unidos una mujer vagabunda por cada dieciocho hombres en esa misma condición. Alrededor del 20 por ciento de las mujeres vagabundas carecen por completo de techo o se alojan en casillas improvisadas. También nos revela este informe que se da proporcionalmente un mayor número de mujeres vagabundas menores de 21 años que de hombres que deambulan por los caminos. El 20 por ciento comparado con el 8 por ciento de hombres, mientras que los hombres en ese estado se cuentan en mayor proporción de los 45 años en adelante. (39 por ciento contra 26 por ciento).

Otra investigación entre las mujeres que comparecieron ante una corte de justicia para mujeres de Chicago, solamente una de cada diez evidenciaron síntomas de gravísima situación económica. Ello se debe a que las mujeres que allí eran conducidas - rateras, prostitutas, etc. - acudían a los trabajadores por ayuda inmediata. La gran mayoría de las jóvenes eran de condición tal que podían "salir del paso" sin esa ayuda. Los mismos trabajadores que las ayudaron, manifestaron que por lo que habían podido observar, las jóvenes que caen en la prostitución como último recurso en la desesperación que las aflige, no van muy lelos en "la profesión" y pronto la abandonan.



mayor parte de las casas de las pocas calles que lo componen no se mantienen sino por milagro en pie, gracias a enormes vigas que sirven de puntales y recuerdan el esqueleto de una galera en construcción. Esos cuchitriles suntuosos no pueden sino sorprender. Hay en esas calles altas mansiones señoriales, habitadas por negros y chinos.

En una callejuela que da acceso a la calle Torte, he podido admirar de dia y de noche uno de esos edificios que conocieron dias fastuosos. Pelucas blancas endulzaban apenas perfiles de aguila. rostros de bucaneros, de comerciantes aventureros enriquecidos por todas las combinaciones de alta mar. El pasado volvia ante mis ojos. No es posible nada más que en Marsella, en esta bella y acogedora "Marsiale", como se le dice en la jerga portuaria, contemplar este espectáculo extraordinario: hombres de color sonando, a pesar de todo, en sus islas natales, en edificios del siglo XVII y del siglo XVIII francès e italiano. Detras de las fachadas que a veces ofrecen aun a la ad miración ruinas de una elegancia patricia, la miseria se ha estable cido, a fin de reinar como tirana cruel y despreocupada.



Pierre Mac Orlan

Hustración de Guevara

que las pobres hijas de la Boute-rie y de las calles vecinas esperan ros faroles se prenden. Durante el peliers. Están en la proximidad día las cuatro o cinco calles del de la calle de los Dominicanos, barrenderos que las desembarazan de hierro que protegen las ventade sus inmundicias. Chicos que nas del piso bajo, espian a cuado. A veces, antes del almuerzo, nes controla la policia. una mujer matinal, de cabellos rizados, enciende un cigarrillo deante de la puerta de su pequeño cuarto, donde se percibe un edredón livido, hinchado, lo mis-mo que un ahogado de agua

> barrio. Son largos, flacos y vagabundos. Todos visten de "overall" y se cubren con una gorra. Erran como almas en pena hasta de todas las puertas, de todos los la plaza Victor Gelu, donde con- cadalsos formados por los puntemplan los quioscos de diarios. tales que impiden caerse a los muros. Galopan entre el montón los compañeros de Banjo: buenos muchachos, bohemios, haraganes y frecuentemente mantenidos, no por amoralidad consciente, sino por pereza natural. Son jugado-res. Cuando uno ha leido "Ban-jo", de Claude Mac Kay, que vivió en Marsella, sabe todo lo que se puede saber acerca de los ne-gros de la vieja ciudad. La hospi-talidad de la "bella Marsiale" es dulce para estos desarraigados, y sus penas no provienen más que de los juegos por dinero y su hu-mor susceptible. Las mujeres que les obedecen están en el declinar de sus vidas. Todo esto es demasiado triste, porque el vicio desaparece aqui bajo tanta miseria, que ya no es vicio, sino un accidente del hambre.

el paraiso de los negros, se puede merosos chinos en banda. Se des-

decir que ese paraiso, desprovisto de todo lujo terrestre, en Marsella està situado en las calles Bouterie y Lancerie y en la es-quina de Reboul.

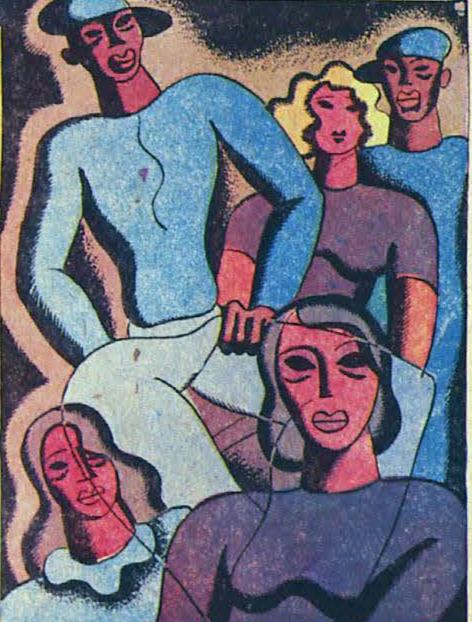
Los chinos, que hacen corral aparte, como los marroquies, han elegido la calle Torte para vivir de diversos negocios, desde la venta de flores de papel, hasta los difíciles asuntos de engatusar a los ingenuos por distintos medios. Los marroquies, que no Desdichadas mujeres, que no siempre resultan unos buenos cason ya muy jovenes, vigilan la maradas en las horas comprendicalle y buscan la sombra como das entre la medianoche y el alba. una complice. Salen a la calle y habitan afuera del barrio, detrás abren la puerta de sus bohardillas, de la gran puerta, hacia la calle barrio reservado se libran a los donde, detrás de soberbias verjas van a la escuela los siguen jugan- dragenarias maquilladas, a quie-

> Hubo un tiempo en que Marsella no era segura. Actualmente no es más peligrosa que Paris.

El viejo barrio reservado, durante la noche, toma un aspecto | fantástico de buena ilustración Numerosos negros habitan este para un cuento a la manera terrorifica, Sólo se ven gatos flacos, prudentes y muertos de hambre. Salen famélicos e inquietos de basuras esparcidas sobre la calzada. Todas las basuras de las casas dormidas se exhiben sobre las veredas, esperando el alba o

No hay mujeres. Algunas viejas me interpelaron, en una especie de encrucijada donde lucen los avisos de los burdeles célebres. No había ni un cliente, ni un borracho en la calle. A ras del suelo, inclinándome a mirar por una claraboya, vi que se trataba de un dancing subterranco, donde temblaba un banjo. Cuatro o cinco negros bailaban la 'biquine' como se baila en la calle Blomet, de Paris, y, al parecer, en la Mar-

La calle Torte estaba calma y silenciosa. Y. sin embargo, duran-Si para Nuéva York Harlem es te el dia yo había encontrado nu-



lizaban como ratas, con pasos afelpados, de casa en casa,

Me apuré para salir de la atmósfera más asfixiante del barrio. Era la atmósfera del famoso año de la peste, que se dice fué im-portada por el brick del capitán Chateau, en 1700. A decir verdad, era făcil emprender un viaje remontando el tiempo e imaginarse, en esas calles desesperadas, en medio de esos detritus, las siluetas, demasiado ligeras, de los forzados abandonados por sus carceleros y que cumplian el servicio de enterradores.

El barrio reservado, en reali-dad, no existe más. Mucho antes de la catástrofe anunciada por llagas inquietantes en la carne de los viejos muros, los clientes lo habian abandonado. No quedaban más que las ratas..

A las once de la noche no habia extranjeros de paso en la calle Bouterie. Hasta los soldados y marineros habían abandonado el viejo rincon. Las costumbres del dia conducen a los aficionados a los amores fáciles hacia citas menos decorativas y más

Los barrios reservados de todo mundo están muertos. Pronto no serán sino lugares emocionanes, como aquellos donde se elevaban las carceles, donde se aprendía a remar sobre galeras y a arrastrar el pie impedido por una cadena infamante y una bola de cañón ridícula.



por Hamlim







































COMENTARIO OFICIAL.

IN LA CONCUPISCENCIA

